

EL PROBLEMA DEL SEPARATISMO EN UCRANIA Y POLONIA SURORIENTAL

Han transcurrido ya más de diez años desde el acuerdo de Yalta entre las Grandes potencias, a consecuencia del cual la parte oriental de Polonia, un territorio de 177.590 kilómetros cuadrados aproximadamente, fué separada de Polonia y anexionada a tres Repúblicas soviéticas: Ucrania, Bielorrusia y Lituania. Este territorio tenía en 1939 una población de unos once millones y medio de habitantes, de los cuales 4.200.000 hablaban polaco, 4.000.000 ruteno (ucraniano), 1.100.000 bielorruso, 1.000.000 yiddish o hebreo, 800.000 polesio, 130.000 ruso, 84.000 lituano, 80.000 alemán y 35.000 checo. (De ellos 6.200.000 eran católicos —3.400.000 del rito latino y 2.800.000 del griego—, 3.900.000 ortodoxos griegos, 1.200.000 judíos, 100.000 protestantes, 80.000 profesaban diferentes tipos de religión, 7.000 mahometanos y 9.000 de religión desconocida.)

En Yalta recobró Rusia todo lo que había perdido después de la primera guerra mundial de lo que había sido su parte en los tres repartos de Polonia (1773, 1793 y 1795). Únicamente no recobró la posesión directa del llamado «Reino de Polonia» (comunemente conocido con el nombre de «Reino del Congreso»), que formaba parte de lo que correspondió inicialmente a Prusia y Austria, pero que en los años de 1807 y 1809 fué transformado en el Gran Ducado de Varsovia, satélite del Imperio napoleónico, y que, después de una amputación sustancial de sus provincias occidentales, sobre todo en favor de Prusia, se le volvió a llamar Reino de Polonia y quedó sujeto al cetro del zar de Rusia en virtud del Congreso de Viena de 1815. Rusia se abstuvo también de recobrar la posesión directa del distrito de Bialystock, que inicialmente correspondió a Prusia, pero que fué cedido a Rusia en la Paz de Tilsit en 1807.

Por otra parte, Rusia adquirió en los acuerdos de Yalta la mayor parte de lo que primitivamente había correspondido a Austria, es decir, Galitzia oriental, de la que nunca había correspondido a Rusia sino un pequeño distrito (Tarnopol), que estuvo bajo el poder ruso entre 1809 y 1812.

La anexión de los territorios orientales de Polonia a las tres Repúblicas soviéticas citadas se hizo con el pretexto del nacionalismo ucraniano y lituano.

Pretendemos en este trabajo hacer una relación —desde el punto de vista polaco— del problema político de las provincias polacas que tras el acuerdo de Yalta fueron anexionadas a la Ucrania soviética.

I

La mayor provincia de las adquiridas por la Ucrania soviética como consecuencia del acuerdo de Yalta fué Galitzia oriental (la provincia de Halicz), que estuvo entre los años 1773 y 1818 en poder de Austria y que, en el período comprendido entre las dos guerras mundiales (1918-1939), formó las tres provincias (województwo) de Lwów, Tarnopol y Stanisławów (1).

Galitzia fué antes de la resurrección de Polonia, una provincia

(1) La otra provincia polaca (voievodship) que ha sido incorporada a la Ucrania soviética es Volhynia. No perteneció a Austria; fué anexionada a Rusia en el tercer reparto de Polonia en 1795 y siguió en su poder hasta el fin de la primera guerra mundial. La mayor parte de su población era de origen uniata, pero después de la abolición de la Unión por el Gobierno ruso en 1893 se hizo en su mayoría ortodoxa griega. Hasta 1925, o quizá 1930, los campesinos rutenos de Volhynia carecieron de una clara conciencia de su nacionalidad.

Según el censo polaco de 1931, 16,6 por 100 de los habitantes de Volhynia hablaban polaco, 68,4 por 100 ruteno, 9,9 por 100 hebreo o yiddish, 1,1 por 100 ruso, y 3,8 por 100 alemán y checo. En cuanto a religión, el 16,2 por 100 eran católicos (de éstos, el 15,7 por 100 pertenecían al rito latino y el 0,5 por 100 al uniata), 69,8 por 100 ortodoxo griegos, 10 por 100 judíos, 2,6 por 100 protestantes y 1,3 por 100 miembros de diferentes sectas.

Bajo el poder de los Zares, esta provincia («gubernia») formaba la mitad occidental de la provincia de Volhynia, que tenía su capital en Zytomierz (Shitomir). En las únicas elecciones parlamentarias democráticas de la Rusia zarista, en 1906, esta provincia eligió tres polacos (Conde Grocholski, Poniatowski y el Conde Potocki), tres rusos y siete rutenos.

polaca bajo el poder de Austria. En el tiempo de la Constitución federativa de Austria (1866-1918) poseía una cierta autonomía, con un Parlamento polaco en Lwów, un Gobierno polaco para la provincia y un Virrey, generalmente polaco (sólo como excepción lo fué algún general austriaco de lengua alemana). Existía asimismo en Viena un Ministerio especial para Galitzia, al frente del cual estaba situado un ministro, siempre polaco.

Galitzia perteneció a Polonia desde el año 1340, con una sola interrupción, desde 1372 hasta 1386, período en el que estuvo bajo el poder de los húngaros. Galitzia no fué conquistada por Polonia; su anexión en el año 1340 fué consecuencia de la extinción de la dinastía local y debida a ciertos derechos dinásticos del rey polaco. En 1386, después de haber estado en poder de los húngaros, los habitantes de Galitzia se colocaron voluntariamente bajo la autoridad de la reina de Polonia.

Y antes de 1340 la influencia polaca sobre Galitzia había sido grande.

Al comienzo del siglo actual Galitzia presentaba una gran mezcla respecto a lenguas y religiones. El censo polaco de 1931 nos lo señala con las siguientes cifras:

LENGUA MATERNA EN %

PROVINCIAS	Polaco	Ruteno y ucraniano	Hebreo y yiddish	Alemán
Lwów	57,7	34,1	7,5	—
Tarnopol	49,3	45,5	4,9	—
Stanisławów	22,4	68,9	7,4	1,1

RELIGIÓN EN %

PROVINCIAS	Católicos	Latinos	Uniatas	Judíos
Lwów	88,0	46,3	41,7	11,0
Tarnopol	90,2	36,7	54,5	8,1
Stanisławów	89,5	16,6	72,9	9,5

(Las minorías inferiores al 1 por 100 no constan.)

Debe indicarse, sin embargo, que parte de la provincia de Lwów pertenece a Polonia aun después de los acuerdos de Yalta.

En la ciudad de Lwów, capital de Galitzia, según el censo polaco de 1931, la población estaba repartida de la siguiente forma: polacos, 198.200; judíos, 75.300; ucranianos, 24.200; rutenos, 10.900; alemanes, 2.500; rusos, 500. Según el censo austriaco de 1900, la ciudad de Lwów tenía 120.634 polacos, 20.409 alemanes y 15.159 rutenos (Austria no reconocía a los judíos como nación aparte), de los cuales 82.597 eran católicos romanos, 29.327 católicos uniatas y 44.238 judíos. (La comparación entre las cifras de la lengua y de la religión nos hace ver que la mitad de los uniatas, en Lwów, hablaban polaco en el año 1900.)

Todas las estadísticas austriacas anteriores a 1918 nos proporcionan datos similares.

A la luz de los mismos resulta preciso admitir que el elemento de lengua polaca y de religión católica (latina) constituía la mayoría solamente en algún distrito (incluida la ciudad de Lwów), pero era minoría, a veces muy pequeña, en otros lugares y de modo particular en las montañas. Los lazos históricos de Galitzia con Polonia son tan fuertes, las tradiciones polacas están tan arraigadas y la población tan mezclada, que no es posible ni separar a Galitzia de Polonia, ni dividirla en un territorio polaco y un territorio no polaco, como se hizo con la India y el Pakistán o con Eire y el Ulster. Galitzia constituía una entidad, y esta entidad era una parte de Polonia que tiene y ha tenido siempre un gran papel en la vida política, económica y cultural polaca.

No cabe duda de que la minoría rutena en Galitzia era un problema, problema que exigía una solución basada en la razón y en la equidad, pero que era un asunto interno de Polonia y no una cuestión internacional.

El problema de la Galitzia oriental se hizo sentir en la opinión internacional a causa de los acontecimientos de 1918-1919, cuando se produjo en Galitzia una pequeña guerra entre los polacos y el movimiento separatista ruteno (ucranianos del Oeste).

El movimiento separatista desarrolló en 1918 y 1919 una actividad desproporcionada a su fuerza real, porque fué patrocinado por fuerzas extranjeras. El *coup d'état* separatista fué organizado y preparado por el Gobierno austriaco con el beneplácito del Gobierno alemán. En octubre de 1918, las autoridades militares austriacas concentraron en Galitzia oriental, especialmente en Lwów, regimientos austriacos compuestos por soldados rutenos muy influídos por la propaganda separatista; además, alejaron de la Ga-

litzia oriental a todos los polacos que les fué posible (debemos recordar que toda la población masculina estaba movilizada en el Ejército austriaco). En la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre de 1918 el jefe austriaco en Lwów, general Pfeffer, resignó su autoridad y la jefatura de la guarnición en un comité separatista que proclamó la independencia de la «República de Ucrania Occidental», que comprendía todo el Este de Galitzia. Los regimientos austriacos fueron transformados en el ejército de Ucrania Occidental.

La ayuda que la república separatista obtuvo de Austria le dió la posibilidad de aparentar una fuerza real durante bastante tiempo. Más tarde, esta república encontró poderosos protectores en los medios aliados; así, en el «Premier» de la Gran Bretaña, Mr. Lloyd George.

Los polacos se opusieron al movimiento separatista, al principio solamente con improvisadas fuerzas locales, pues carecían de medios materiales.

Al día siguiente del *coup d'état* separatista, el 1 de noviembre, la población polaca de Lwów verificó una insurrección antiseparatista. Fué un asunto puramente local, sin ayuda exterior de ninguna clase. A su cabeza estaba Czeslaw Maczynski, profesor polaco de una escuela primaria, que tenía en el Ejército austriaco el grado de capitán de la reserva. Las fuerzas separatistas fueron expulsadas de la mayor parte de la ciudad; Lwów quedó en manos polacas, pero completamente sitiada; tuvo que soportar esta situación durante tres semanas, hasta el 21 de noviembre.

Debe recordarse que las demás provincias polacas no intervinieron por la sencilla razón de que no podían hacerlo, ya que Polonia no era todavía independiente. El levantamiento polaco tuvo lugar en Lwów, el primero de noviembre. Pero Cracovia había sido liberada de los austriacos el 30 de octubre y Lublin el 31 de octubre. Varsovia fué liberada de los alemanes el 11 de noviembre y Poznan el 27 de diciembre. Wilno, tras un corto período de libertad en los últimos días de diciembre y primeros de enero, fué liberada finalmente el 19 de abril de 1919. Es obvio por ello que durante un largo período el movimiento polaco de Lwów no pudo ser ayudado desde el exterior.

La defensa de Lwów durante el sitio fué verdaderamente heroica. Sólo durante las tres semanas anteriores al 21 de noviembre, 210 soldados de la improvisada guarnición polaca, entre ellos

muchos adolescentes, fueron muertos y 762 heridos gravemente.

El 21 de noviembre, un pequeño ejército compuesto por 140 oficiales, 1.228 hombres de graduación diversa, 8 cañones, 79 carros de combate, 507 caballos, que venía de Cracovia y Przemyśl encabezado por un tren armado, atravesó las defensas separatistas y se unió a la sitiada guarnición de Lwów. Desde ese día la lucha local de Lwów fué tomando mayores proporciones. Algunas fuerzas procedentes de otras provincias polacas se unieron al bando polaco y algunas fuerzas ucranianas de la Ucrania rusa se unieron a los separatistas; a pesar de ello, siguió siendo durante algún tiempo una guerra local, una especie de guerra civil, en la cual los polacos de Galitzia oriental luchaban contra los separatistas rutenos de esta misma zona. En muchos casos, como ocurre en todas las guerras civiles, miembros de una misma familia luchaban como voluntarios en bandos opuestos (2).

En otros muchos lugares de la Galitzia oriental hubo insurrecciones polacas, o intentos de insurrección contra la República ucraniana separatista, pero los resultados no fueron tan espectaculares como en Lwów.

Hasta la primavera de 1919 no pudo Polonia enviar a Galitzia oriental fuerzas de consideración procedentes de otras provincias. En pocas semanas se acabó la guerra y todo el territorio de Galitzia oriental fué dominado; el gobierno separatista y lo que quedaba de las fuerzas militares huyeron a la Ucrania rusa.

La devolución de Galitzia oriental a Polonia tropezó en un principio con la oposición de las grandes potencias, especialmente con la de la Gran Bretaña, pero fué finalmente reconocida por la Sociedad de Naciones el 15 de marzo de 1923.

(2) El autor de este trabajo conoce el caso de una muchacha polaca, voluntaria en la Cruz Roja, que asistió a un prisionero separatista herido en el que reconoció a su hermano. Eran hijos de un matrimonio mixto. De acuerdo con el Derecho Canónico, ella pertenecía, como su madre, a la Iglesia latina, y el muchacho, como su padre, a la Iglesia uniata. Bajo la influencia de la diferente atmósfera de estas dos ramas de la Iglesia católica en Lwów, ella era una ferviente polaca y el muchacho un separatista ucraniano.

II

La cuestión del separatismo ruteno debe ser explicada en conexión con el problema de Galitzia oriental.

Como dijimos antes, Galitzia oriental forma parte de Polonia desde el siglo XIV, es decir, durante los últimos seis siglos. Pero en los cuatro o cinco siglos precedentes Galitzia oriental había estado en la esfera de influencia del Estado de Kievan (antiguos rusos). Este período de contacto trajo como consecuencia dos hechos importantes: la religión cristiana en su forma oriental (con la liturgia eslava) y la lengua literaria eslava (antiguo búlgaro), la misma que en Rusia y países eslavos de los Balcanes.

Antes de este período de contacto con los Kievens, los nativos de la Galitzia oriental, que pertenecían a las tribus eslavas, o, mejor, a un tipo de eslavismo occidental (polaco), estaban conectadas históricamente con Polonia del Sur y con el llamado Gran Imperio Moravo. Pero desde que se estableció el contacto con los Kievens cristalizaron como una comunidad eslava del Este y adoptaron el nombre de rutenos.

El nombre «ruteno» viene de la misma raíz que «ruso». Es una de esas vagas descripciones étnicas, que, como la del sajón (anglo-sajón en Inglaterra, bajo-sajón en Hannover y sajón en Sajonia), entraña una cierta conexión racial o cultural, aunque no necesariamente importante.

Los rutenos de la Galitzia oriental hablaban un dialecto vernacular relacionado con la lengua ucraniana de Kiev, poseían una liturgia y un lenguaje literario, si no idéntico, al menos muy parecido al de Rusia, Bulgaria y Serbia; tenía una tradición dinástica que los unía a Rusia (los fundadores del Estado moscovita pertenecían a otra rama de la misma dinastía de los Rurikovitch), pero a pesar de todo esto constituían una comunidad separada, que estaba preponderantemente sumergida en la esfera cultural de Polonia y de la Europa occidental.

Habían aceptado la unión con Roma, su Iglesia era una rama uniata de la Iglesia católica. Su clase media y alta se polonizaron; su nobleza, su clero, sus campensiones empezaron a hablar polaco y a sentirse polacos. En la época de los repartos de Polonia formaban ya, de hecho, una parte de la nación polaca, si bien conservaban algunas tradiciones locales, su Iglesia tenía una liturgia y,

una jerarquía distintas y hablaban —sobre todo los campesinos— un dialecto eslavo.

El lazo de unión entre Galitzia oriental y Polonia se robusteció por el hecho de haber sido Galitzia durante varios siglos el lugar adonde emigraban los polacos de otras regiones. En una región con un suelo muy rico, propicio para la agricultura. Durante mucho tiempo fué lugar de tránsito comercial entre el Oriente y el Occidente (la gran ruta comercial iba de Nuremberg a Asia, pasando por Cracovia, Lwów y el Mar Negro). Pero era también territorio fronterizo y muchas veces fué diezmado por las invasiones turcas y tártaras. Después de cada una de estas invasiones las brechas se llenaban con polacos. Además de rutenos uniatas, en Galitzia hay un gran número de católicos romanos que en algunos territorios constituían mayoría. Estos dos sectores vivían amistosamente unidos, existían matrimonios mixtos, hablaban ambas lenguas y se consideraban como pertenecientes a la misma nación.

Después de los repartos de Polonia la situación varió un poco. El Gobierno austriaco trató en ocasiones, entre 1773 y 1866, de imponer un régimen administrativo germánico, pero otras veces se mostró más tolerante y liberal con sus súbditos polacos y, finalmente, en 1866, concedió la autonomía a Galitzia. Sin embargo, durante todo el tiempo de su dominación trató de crear en Galitzia un contrapeso al elemento polaco alentando el resurgimiento de las tradiciones rutenas e imbuyéndoles la idea de que los rutenos eran más rusos que polacos. Esta actuación comenzó a producir frutos al cabo de varias generaciones. Hacia 1848 el movimiento separatista ruteno en Galitzia tenía ya una cierta consistencia.

No era, sin embargo, desde el punto de vista polaco, un movimiento peligroso. La idea de una conexión entre los rutenos y Rusia resultaba demasiado artificial y teórica. Los rutenos no hablaban ruso, sino un dialecto muy diferente (llamado hoy ucraniano). No eran ortodoxos griegos, sino uniatos. Nunca estuvieron bajo el Gobierno moscovita y sus tradiciones les eran extrañas. Eran completamente occidentales, formados por siglos de contacto con Polonia.

El movimiento de los Antiguos Rutenos (como se le llamó después) se convirtió en una formación nueva, de nacionalidad eslava, dentro de Austria. La Monarquía austriaca había conocido ya varias de estas pequeñas nacionalidades: los eslovenos, que ahora, a pesar de tener una lengua diferente, forman parte de Yu-

goslavia; lo eslovacos, que encontraron la solución a su problema en la República de Checoeslovaquia, etc. Los rutenos, limitados a la Galitzia oriental, estaban condenados a tener una pequeña nacionalidad dentro del marco de la vida polaca, una nacionalidad tan conectada con los polacos como el país de Gales con los ingleses, y quizá más, ya que no tenían un territorio separado, como los eslovacos o los eslovenos, sino que vivían mezclados con los polacos, siendo a veces mayoría, a veces minoría.

La situación cambió cuando se introdujo en la Galitzia oriental una nueva idea, un nuevo movimiento: la idea del ucranianismo.

III

Debo antes decir unas palabras sobre el problema ucraniano en general.

Ucrania es un país situado a ambos lados del río Dnieper y que tiene su centro en Kiev. El nombre es de origen polaco, y significa país de frontera.

Hace siglos era un país floreciente, centro del Estado ruso. Pero se arruinó en el siglo XIII con las invasiones mogólicas, a las que siguió una época de invasiones continuas. La estepa invadió un país civilizado.

Más tarde, Ucrania fué conquistada y absorbida por Lituania, Estado pagano, y en 1386 participó con ella en una unión con Polonia. En 1569 se separó de Lituania y fué convertida en una provincia polaca.

De nuevo volvió a ser un país floreciente, con una cultura rutena y polaca. Bajo el poder tolerante de Polonia, Kiev fué el centro de la vida religiosa ortodoxo griega (no uniata). Se fundó una Academia rutena ortodoxo griega, si bien basada en modelos polacos y de aspecto occidental. Probablemente en esta época fué cuando la lengua ucraniana adquirió forma definida como lengua eslava. Hay en la actualidad tres lenguas eslavas en el Este: el ruso, con su centro en Moscú; bielorruso, en Lituania, y el ucraniano, en la antigua provincia rutena de Polonia. (La cuarta, el ruso del Norte, hablado en los territorios del viejo Estado de Novgorod, es meramente un dialecto ruso hablado por los campesinos del Norte de Rusia.) Todas estas lenguas tienen una base fonética común, pero sufrieron diferentes influencias históricas que las hicie-

ron distintas. La lengua ucraniana puede ser descrita como antiguo dialecto del Sur de Rusia, transformado por la influencia polaca, de la misma manera que el inglés fué un dialecto sajón transformado por la influencia del francés (normando).

La vida ucraniana en los siglos XVI y XVII fué destruída por la rebelión cosaca, comenzada en 1648. Los cosacos —los gauchos o «cowboys» del sureste de Europa— constituían una clase numerosa y anárquica que habitaba en las estepas y estaban acosados por las invasiones tártaras. Eran al mismo tiempo granjeros, ganaderos, bandidos y guerreros. Se trataba de gente de muchas razas, pero el carácter prevalente era el ruteno. Polonia formó con ellos regimientos para luchar contra los tártaros. Su revolución tuvo al principio un carácter puramente social; se hizo contra la nobleza polaca, no contra el Rey o el Estado polacos. Pero pronto se transformó en una guerra antipolaca y anticatólica bajo la bandera de la nación rutena y de la fe ortodoxo griega. Constituyó un levantamiento terrible de los campesinos rutenos, acompañado del asesinato de la población polaca (también de los judíos) de Ucrania.

Hay alguna base para creer que los protestantes, que estaban preparando una ofensiva contra la católica Polonia, instigaron en parte la rebelión cosaca. Dicha rebelión comenzó el mismo año (1648) en que terminó la Guerra de los Treinta años. Pocos años más tarde, en 1655, una formidable invasión sueca, dirigida políticamente y financiada por Oliverio Cromwell, casi hundió a Polonia, que ya estaba en guerra con Moscú y aún peleaba contra los cosacos. Otros países protestantes (Brandenburgo y Transilvania) tomaron parte también en esta cruzada protestante, cuyo objeto era la aniquilación de la Polonia católica. A la invasión sueca siguió un desarrollo del protestantismo en Polonia.

Polonia resultó victoriosa en esta serie de guerras, pero quedó muy debilitada. Su posición se hizo más difícil al verse envuelta en guerras largas y dificultosas con Turquía, de las que fueron los hechos más importantes las batallas de Chocim (1673) y Viena (1683). Después de largas luchas en las que también intervino Moscú (contra Polonia) se estableció una especie de avenencia confirmada en 1686 por el Tratado polaco-moscovita. En virtud de este acuerdo Polonia se quedaba con la orilla derecha del río Dnieper (excluída la ciudad de Kiev) y como consecuencia restablecía su mando sobre la parte occidental de Ucrania; Moscú asumió bajo su poder —de acuerdo con los deseos de algunos jefes pola-

cos— la Ucrania del Este, en la ribera izquierda del río (con lugares como Poltawa y Czernihów) y una cabeza de puente en la margen derecha, incluyendo la ciudad de Kiev.

La frontera de 1686 continuó siendo frontera política hasta los repartos de Polonia, límite de la esfera de influencia polaca en lo cultural y social hasta el tratado de Riga (1921) (3).

El lugar donde nació el problema ucraniano fué en el este de Ucrania, en la margen izquierda del Dnieper que estaba bajo el poder moscovita desde la rebelión cosaca. Esta provincia era ortodoxa y rutena, pero no moscovita, y conservó una cierta autonomía. En ella se formó una clase alta, de terratenientes descendientes de los jefes cosacos. El centro intelectual y religioso estaba en Kiev.

A pesar de que llegó a ser un país ruso, tuvo siempre un fuerte carácter individualista. Conservaba el recuerdo de la guerra de liberación cosaca y un cierto contacto con Europa: con la Polonia católica y también con los protestantes de Suecia y otros núcleos protestantes. Un jefe cosaco, Mazepa, antiguo cortesano del rey de Polonia y después general de los cosacos bajo el dominio de Moscú, se alió en el siglo XVIII con los suecos, pero fué derrotado junto con el rey sueco Carlos XII por los moscovitas (Pedro el Grande) en la batalla de Poltawa en 1709.

Al comienzo del siglo XIX Ucrania oriental estaba ya asimilada a Rusia, pero aún se acordaba de su vida independiente y era recordada en algunos círculos europeos. En el siglo XIX era inevitable el desarrollo de una especie de movimiento individualista en Ucrania (en Kiev, Poltawa y Czarnihów) y de una literatura en lengua ucraniana, cuando estos movimientos eran tan frecuentes en la Europa de aquella época. Un movimiento moderado en Ucrania, limitado territorialmente y limitado en sus aspiraciones constituía un fenómeno natural.

Parece ser que la Francmasonería internacional, pretendiendo la aniquilación de la Rusia zarista y la Polonia católica, concibió el plan de crear Ucrania como nación independiente y organizarla

(3) Todavía en 1906, en las elecciones parlamentarias de Rusia, la provincia de Kiev, en la orilla derecha del Dnieper, eligió al lado de trece rusos y rutenos a dos polacos (Zdanowski y Chorwatt). En el Senado ruso, en esta misma época, la provincia de Kiev estaba representada sólo por un polaco (Syrocinsky).

como un Estado con una población de rutenos que hablasen su lengua propia.

Esté fué el comienzo de una doctrina y movimientos creados y propagados de un modo bastante artificial, pero que se enraizó al cabo de cierto tiempo.

Ya las primeras actividades separatistas en Ucrania parece que fueron influenciados por los francmasones. Pero el hecho que realmente dió origen al movimiento ucraniano fué la fundación en Kiev en 1818 de la Logia de los Eslavos Unidos, que incluía a polacos, rusos y rutenos y que tenía como objetivo la federación de las naciones eslavas, entre las cuales Ucrania tendría una situación independiente. Esta logia fué clausurada más tarde por el Emperador ruso, pero es evidente que continuó funcionando en secreto. El gran jefe ucraniano Simón Petlura, que fué la cabeza de la República de Ucrania de 1918 a 1920, que había firmado la alianza con Pilsudski en 1920, y que fué asesinado en Europa occidental en 1926 —probablemente por un agente del Gobierno soviético— era un miembro destacado de la Logia de los Eslavos Unidos y también Gran Maestro de la Gran Logia de Ucrania. Hay base para creer que la Logia de los Eslavos Unidos fué centro del movimiento ucraniano durante todo un siglo y que organizaba este movimiento entre los ucranianos al tiempo que se aseguraba la ayuda para estos fines entre los liberales rusos y polacos.

En 1846 se fundó en Kiev una sociedad secreta, de los separatistas de Ucrania, bajo el nombre de «Fraternidad de San Cirilo y San Metodio». Constituía su objetivo la federación de las naciones eslavas y la autonomía de Ucrania en esta federación. Fué probablemente un retoño de la Logia de los Eslavos Unidos. Esta sociedad sentó las bases del movimiento separatista ucraniano en todos los aspectos: político, cultural, lingüístico. Uno de sus miembros distinguidos fué el gran poeta de la lengua ucraniana Taras Shevtchenko, un gran talento poético, pero también un representante de la actitud nihilista. Dicha sociedad fué descubierta por el Gobierno ruso y suprimida con castigos draconianos; pero su obra, el movimiento ucraniano, no fué destruída. Este movimiento fué luego trasladado de Kiev a Galitzia y desde entonces tuvo dos centros: Ucrania oriental (Kiev, Kharkov, Poltawa) y Galitzia. (En el territorio intermedio, lo que fué Ucrania polaca, en la orilla derecha del Dnieper, en Shitomir, Berdyczów, etcétera, este movimiento no empezó a tener raíces hasta 1917.)

IV

El movimiento ucraniano, basado en el hecho de la existencia de una lengua hablada —el ruteno— y de algunas tradiciones de Ucrania, no moscovitas ni polacas, fué introducido en Galitzia al principio del último cuarto del siglo XIX. Allí se fundaron entonces varias organizaciones y periódicos para propagar el separatismo. El movimiento ucraniano se oponía con fuerza a los polacos y a los antiguos rutenos.

Difería del rutenismo en varios aspectos importantes. El antiguo rutenismo cultivaba diversas relaciones sentimentales con la gran nación y civilización eslava del Este, Rusia, aunque para ellos era imposible ser rusos; así es que, prácticamente, eran una pequeña nación dentro de las fronteras de Galitzia; no podían ser otra cosa, pero tampoco lo deseaban. Sus intereses políticos eran modestos, y aceptables desde el punto de vista polaco de la misma manera que los del país de Gales lo eran para los británicos. Por el contrario, los ucranianos proclamaban su identidad nacional con Ucrania, lo que era más factible y al mismo tiempo más peligroso. Hablaban la misma lengua que en Ucrania. Se encontraban en el seno de la misma influencia histórica del Estado y de la cultura polaca; las diferencias en este aspecto eran tan sólo de grado. Eran eslavos del este, pero sin tradiciones moscovitas. Constituían una democracia de campesinos opuesta a la minoría polaca y sobre todo a la nobleza, burguesía e intelectualidad polacas. Existían muchas cosas semejantes en Galitzia oriental y en Ucrania, que podían formar una base suficientemente buena para hacer sentir una solidaridad nacional y para un programa de unificación. Ucrania es un país grande. No es posible pensar seriamente en una Galitzia oriental independiente, pero lo que sí resulta convincente es la idea de una Ucrania independiente que incluyera la Galitzia oriental. El ideal ucraniano fué un nuevo estímulo para el separatismo antipolaco rutenos en Galitzia oriental. Los rutenos no sentían ningún complejo de inferioridad con respecto a Polonia y los polacos; en su opinión, pertenecían a una nación joven y numerosa, con un gran futuro, a una nación de dimensión americana más que europea.

La lucha entre los antiguos rutenos y el movimiento ucraniano

no duró mucho tiempo. Hacia 1900 preveleían los antiguos rutenos, pero en 1910 los ucranianos ya constituían mayoría (4).

Después debido al impulso de los acontecimientos de 1914-1918, creció la importancia de los ucranianos. En 1939 aún existían los antiguos rutenos, pero su influencia estaba limitada a algunos distritos montañosos y a los elementos más polonizados de los pueblos.

El movimiento ucraniano recibió desde su comienzo una gran ayuda del exterior.

El Gobierno austriaco estimó que eran más útiles que los antiguos rutenos, puesto que podían ser utilizados del mismo modo contro los rusos y contra los polacos. La idea ucraniana se convirtió en la favorita de las tendencias imperialistas austriacas hacia el sur de Rusia, y Galitzia oriental empezó a ser considerada como un «Piamonte» del ucranianismo, de un movimiento que algún día separaría Ucrania de Rusia y se uniría de una forma u otra con Austria.

Por las mismas razones el movimiento ucraniano encontró un protector en el Gobierno de Prusia (respecto a Alemania). Fue mantenido como medio para el futuro establecimiento de un Imperio alemán en las costas del Mar Negro. Se ha demostrado que antes de 1914 las actividades ucranianas en Galitzia fueron financiadas por el consulado alemán en Lwów.

El movimiento ucraniano contaba con grandes simpatías en Gran Bretaña. La influencia austriaca, prusiana e inglesa contribuyó a alentar el movimiento ucraniano, como una fuerza que podía un día ser utilizada contra Rusia.

También algunos círculos de la Iglesia Católica ayudaban al movimiento ucraniano por razones que explicaré luego.

Pero lo más curioso es que el movimiento ucraniano contó con ayuda entusiasta incluso en algunos círculos polacos.

Existían en Polonia corrientes tan poderosamente antirrusas que consideraban bueno todo sacrificio si redundaba en perjuicio de Rusia. Estas gentes pensaban que merecía la pena sacrificar algo de la posición de Polonia para crear una Ucrania independiente que dividiría Rusia en dos países. Con este propósito se adhi-

(4) En las últimas elecciones al Parlamento austriaco, en 1911, efectuadas bajo la forma de sufragio universal, se recogieron en Galitzia oriental 362.555 votos a favor del partido ucraniano, los antiguos rutenos consiguieron más de 116.000. (A. ZOLTOWSKI, *The Border of Europe*, Londres, Hollis y Carter, 1950, pág. 158.)

rieron al plan austriaco de hacer de Galitzia oriental un «Piamonte» del movimiento ucraniano. No pensaban, desde luego, que Galitzia tendría que pasar en el futuro al Estado de Ucrania, pero estaban preparados para hacer el sacrificio de debilitar la posición de Polonia desprendiéndose de Galitzia.

Se deben mencionar a este respecto dos partidos polacos. Uno, el Partido liberal de Galitzia, conocido con el nombre un tanto vago de conservador; este partido tuvo durante un largo período poder sobre las instituciones autónomas de Galitzia, y tuvo en sus manos los gabinetes del Virrey austriaco en Lwów y del ministro para Galitzia en Viena. Antes de 1914 celebraron varias veces pactos («ugoda») con los separatistas ucranianos y como resultado se abrieron en Galitzia escuelas ucranianas, en la Universidad polaca de Lwów se erigieron cátedras con temas ucranianos (lengua, historia), las instituciones ucranianas recibieron dinero del Estado polaco, etc.

El otro partido era el grupo —regido por el que fué luego Mariscal Pilsudski— de antiguos dirigentes socialistas, que habían dirigido antes de 1914 una lucha clandestina contra la Rusia zarista (en particular una guerrilla durante la Revolución rusa de los años 1905-1907), y que formaron en 1914 una legión bajo el mando del Ejército austriaco, y una junta militar de ala izquierda en la Polonia independiente. Pilsudski era el comienzo de este siglo editor de un periódico socialista clandestino, y, asimismo, organizador de actividades terroristas y guerrillas; emigró a Londres, pero en 1914 le nombraron jefe de una brigada bajo el mando austriaco y luego —con alguna ayuda indirecta del Gobierno alemán y del británico— llegó a ser Jefe de Estado en Polonia y General en Jefe del Ejército Polaco. En 1926 se convirtió en dictador y organizó una revolución y un levantamiento de trabajadores socialistas. Su dictadura duró desde 1926 a 1935, año en que muere, pero continuó con otros hombres de su junta hasta la invasión germano-rusa en 1939.

V

Quiero explicar desde el punto de vista polaco, y en conexión con lo antedicho, un problema difícil y espinoso: el de la unión entre las Iglesias Católica y Ortodoxo griega.

Constituye una aspiración antiquísima de la Iglesia Católica hacer volver a su seno a sus hermanos cismáticos del Este, y zanjar esta separación que ha dividido al Este del Occidente durante casi mil años. En el mundo católico todos participan en este deseo de unión. Pero existen, como en todos los grandes problemas con dimensión histórica, diferencias de opinión acerca de cual sea el mejor medio que conduzca a tal fin.

Polonia es el país más católico de la Europa Oriental. Es el gran pilar de la Iglesia romana en el extremo oriental de nuestro Continente. Vecina de Rusia y de Rumania, tiene desde hace muchos siglos dentro de sus fronteras a rutenos y bielorrusos y está tradicionalmente en contacto con los problemas cristianos del Este. El problema de la actitud de Polonia surge automáticamente al tratar del problema de las Iglesias cristianas orientales (especialmente de la rusa y rutena). El problema de Polonia se discute siempre al tratar del problema de la unión de las Iglesias y de la conversión de Rusia.

En relación con esto surgen algunas cuestiones controvertidas. Existe un profundo malentendido, con respecto a los problemas del Este, entre la opinión pública de muchos círculos católicos de todo el mundo y la opinión católica en Polonia. A menudo se critica a Polonia y a veces hasta se la condena por su actitud respecto a la Iglesia en el Este. Pero su verdadera opinión es casi desconocida, o por lo menos se malentiende y se conoce de una manera poco exacta.

No quiero criticar aquí ninguna decisión tomada por las autoridades de la Iglesia o minimizar la importancia y utilidad de muchas actividades opuestas al punto de vista polaco. Deseo solamente explicar el punto de vista polaco y defender el caso polaco de acuerdo con el principio: *audiatur et altera pars*.

Está extendida por todo el mundo la opinión de que Polonia es enemiga de los cristianos del Este y de que, en consecuencia, no es apta para intentar la conversión de dichas Iglesias orientales ni la de Rusia. Se dice que los polacos deben ser excluidos de tales empresas, que son patrioterros del romanismo, que se oponen a los uniatas, que son enemigos de Rusia y Ucrania, y que su participación en una empresa de este tipo despertaría sospechas en esas naciones y arruinaría, por tanto, todo; que toda actividad para la conversión de Rusia o Rutenia se debe verificar sin la colaboración de los polacos, los más cercanos vecinos de Rusia, y que

en este campo de actividades católicas Polonia no debe ser considerada como un experto, sino combatida como un enemigo.

Quizá sea ésta una manera drástica de presentar opiniones muy extendidas, opiniones que circulan por todo el mundo católico. Pero no son justas ni están justificadas. Estan basadas en prejuicios, influenciadas por la propaganda deshonesta de los enemigos de Polonia.

Antes de exponer varias cuestiones importantes acerca del punto de vista polaco respecto a los problemas de la Iglesia oriental, quiero tratar brevemente de tres puntos.

1) No es justo afirmar que Polonia no entiende el problema de la unión de las Iglesias y que es incapaz de hacer nada en este sentido. Ninguna nación en el mundo ha hecho tanto por la unión entre el Este y el Oeste.

2) La Unión de Brest (1595) fué el acontecimiento más importante de la Historia en lo referente a la unión de las Iglesias griega y latina. Aun en la actualidad, después de haber abolido la Unión Rusia en las provincias orientales polacas (1839), lo que ha destruído gran parte de la labor de dicha Unión, los miembros de la Iglesia uniata que fué creada en Brest son mucho más numerosos que los miembros de todas las demás Iglesias uniatas juntas.

3) La Unión de Brest fué obra de la Contrarreforma polaca. El programa y el fundamento espiritual de la Unión se deben a un gran escritor y contrarreformista polaco, el jesuíta P. Peter Skarga, autor del libro *O jednosci Kosciola Bozego* (Sobre la Unidad de la Iglesia de Dios), que preparó las bases para la Unión. La eminencia gris, a quien se debe que la obra de unidad alcanzara éxito, fué el gran contrarreformador del trono de Polonia, una especie de Felipe II polaco, el rey Ziygmunt III. El ambiente en que la Unión tuvo lugar fué el del Estado y Sociedad polacos de fines del siglo XVI, cuando la ofensiva protestante fué rechazada y los católicos, victoriosos, una vez reconquistada para la Iglesia la mayor parte del terreno que había ganado anteriormente el protestantismo, concibieron la idea de que también el Cisma oriental dentro de las fronteras polacas debía ser resuelto. Los rutenos que tomaron parte en la Unión eran de hecho polacos, a veces hombres muy influyentes. Eran de origen ruteno y miembros de familias que pertenecían tradicionalmente a la Iglesia Oriental, pero, como todos los rutenos que en aquella época pertenecían a la clase alta, estaban polonizados completamente y for-

maban parte de la Sociedad polaca. Sus actividades y actitud reflejan la orientación general de la vida religiosa polaca del tiempo de la Contrarreforma. De los cuatro principales obispos orientales que organizaron la Iglesia uniata, dos habían sido con anterioridad protestantes.

A veces se arguye que la Unión de Brest se hizo bajo la presión del Estado polaco. No se puede negar que esta Unión era deseada por el Rey polaco, la Sociedad y el Gobierno. Polonia, a pesar de ello, tenía libertad de religiones, y tanto los ortodoxos como los protestantes podían permanecer fuera de la Iglesia si ello constituía su deseo. No todos los obispos y arzobispos ortodoxos se adhirieron a la Unión de Brest —permanecieron fuera de la Unión, la diócesis de Przemysl hasta 1692 y las archidiócesis de Halicz y Lwów hasta 1702— y no todos los fieles ni todo el clero de las diócesis que tomaron parte en la Unión siguieron a los obispos. En 1620 se estableció una nueva jerarquía ortodoxa aún en aquellos territorios donde los obispos habían tomado parte en la Unión de Brest. Esta jerarquía fué reconocida por el rey polaco Wladyslaw IV, hijo de Zygmunt III.

La Unión de Brest, aunque alentada por el rey polaco, fué un acto completamente libre y deliberado de los que tomaron parte en él y no se puede comparar con las secesiones frente a Roma de los protestantes, obligatorias para todos los habitantes del país, como ocurrió en Suecia, Inglaterra, etc., ni con actos rusos como la abolición de la Unión de Brest en 1839, 1874 y 1945, y ni siquiera con algunos actos de presión cometidos contra la Iglesia protestante por algunos países católicos durante el período de la Contrarreforma.

La Unión de Brest que llevó millones de cristianos orientales al seno de la Iglesia Católica, estableció un modelo que fué seguido después por muchos países. Se puede decir que la Unión de Brest indicó el camino para una posible unión de todo el Este. La historia de la unión de la Iglesia está marcada por las siguientes fechas: 1630 (armenios de Polonia), 1633 (sirios de Damasco), 1654 (malabarese), 1655 (rutenos de Hungría), 1672 (nestorianos), 1684 y 1701 (melkitas), 1697 (rumanos de Transilvania), 1740 (armenios de Armenia), 1741 (coptos).

Se ha dicho que la Unión de Brest no fué obra completamente original, porque repetía con una nueva forma y con mayor éxito el ejemplo de la Unión de Florencia (1439). Esto es exacto. Todo

gran acontecimiento histórico ha sido preparado por siglos de experiencia. El hecho de Florencia no disminuye la importancia y grandeza de la obra de Brest.

Además, en la Unión de Florencia, Polonia tuvo una participación importante. En aquel tiempo la sede ortodoxa griega de Kiev se encontraba ya dentro de las fronteras de Polonia. Al principio no existía una separación clara entre las sedes ortodoxas de Kiev y Moscú, pero al menos desde 1416 la separación de ambas sedes fué firme. El promotor griego de la Unión florentina, Isidoro de Tesalónica, que había tomado parte en el Concilio de Basilea (1434) como miembro de la embajada del Emperador bizantino Juan VIII, fué consagrado en 1437 Metropolitano de Kiev y Moscú, con lo que se estableció una unión temporal entre ambas sedes. Como tal, y con otros obispos rusos y rutenos, tomó parte en el Consejo de Florencia y firmó el acta de la Unión. Fracasó por completo en Moscú —incluso estuvo encarcelado allí y logró escapar con bastante dificultad— y centró sus actividades en Kiev. Fué ayudado por el rey polaco, tanto en Kiev como en su viaje a Florencia; su presencia en Florencia reflejaba el deseo de Polonia de acabar, en todo el mundo, con la división de la Iglesia. Más tarde, el Papa Pío II hizo Cardenal a Isidoro y le nombró Patriarca de Bizancio. La sede de Kiev fué la única sede metropolitana bizantina que permaneció en contacto con Roma durante varias generaciones subsiguientes a la Unión florentina. Los sucesores de Isidoro en el trono metropolitano de Kiev, Gregorio II (1458-1472), Misael (1474-1477), Simeón (1477-1488) y José II (1498-1517) continuaron en comunión con Roma, comunión que fué interrumpida más tarde durante setenta y ocho años (desde 1517 hasta la Unión de Brest). Esta ruptura coincidió con la época de los problemas de la Reforma polaca.

Merece ser recordado que la Unión de Florencia tuvo causas políticas muy importantes. Bizancio estaba gravemente amenazada por los turcos; necesitaba ayuda de occidente y se tornó por ello más conciliadora con los occidentales aun en materia religiosa. Pero la ayuda en forma de Cruzada podía proceder solamente de Polonia o de Hungría. La iniciativa de una Cruzada partió del gran cardenal polaco Olesnicki. Al joven rey polaco Wladyslaw, le hicieron también rey de Hungría. En 1444 tuvo lugar la cruzada polaca y húngara que terminó desastrosamente en la batalla de Varna, casi a las puertas de Constantinopla, en la que fué destruí-

do el ejército polaco-húngaro y en la que fueron muertos el rey Wladyslaw y el Cardenal Cesarini, legado del Papa. En consecuencia, Constantinopla fué tomada por los turcos nueve años más tarde, en 1453, lo que terminó con la Unión de Florencia.

No puede dejar de mencionarse, al discutir sobre la Unión de Florencia, la gran influencia de Polonia en lo concerniente al fundamento político. La Unión de Brest, conseguida por Polonia, no es más que una consecuencia lógica de su actitud, adoptada desde hacía muchas generaciones.

4) No puede ser olvidado el problema de la Iglesia romana en Rusia. Después del Tratado de Riga (1921) pasaron a Rusia grandes territorios que habían pertenecido a Polonia. En estos territorios existía un arzobispado romano —en Mohylów— y cuatro obispados, en Minsk, Kamieniec-Podolski, Zytomierz (Shitomir) y Kiev. Todavía en estos territorios existe un grupo bastante numeroso de polacos católicos, en ciudades y distritos rurales. El Gobierno soviético ha conocido siempre la existencia de esta minoría, y ha tratado de convertirlos al comunismo, estableciendo en los pueblos polacos centenares de escuelas polacas comunistas. Incluso en un tiempo estuvo en juego la idea de establecer dentro de la República de Ucrania, en Polonia, una República polaco-rusa autónoma. En el período entre las dos guerras mundiales se estableció un distrito («Rayon») polaco en Dolbysz (Marchlewsk), Volhynia soviética. Esta minoría polaca (compuesta principalmente por campesinos) no podían desde luego practicar abiertamente su fe, pero la conservaron en secreto. Durante la ocupación alemana (1941-1944) los misioneros polacos y eslovenos que visitaron abierta o secretamente las zonas ocupadas por los alemanes descubrieron que, especialmente en el campo, existía un poderoso fundamento de catolicismo romano entre los polacos.

En Rusia había, y aún existe ahora en catacumbas, una minoría católica compuesta principalmente por polacos. Rusia, como América, es una nación joven que progresa muy deprisa y que, por tanto, atrajo a muchos emigrantes. Polonia es la nación más próxima a Rusia y además tenía un exceso de población; en consecuencia, Rusia recibió muchos emigrados polacos pertenecientes principalmente a la clase media: abogados, médicos, comerciantes, ingenieros, toda clase de técnicos, obreros especializados, etc. Cada pueblo ruso poseía una iglesia católica. Los emigrantes polacos se establecieron lo mismo en el campo que en las ciudades, como

Moscú, San Petersburgo, etc.; grandes grupos de trabajadores, semejantes a los grupos de emigrantes de las ciudades de Estados Unidos.

Bajo el poder intolerante de la Rusia zarista no se podía desenvolver la organización de la Iglesia en Rusia. Existía solamente en toda Rusia (es decir, fuera de la antigua frontera polaca), una sede episcopal, Tiraspol, en el sur, que tenía un grupo de fieles principalmente alemanes. Ni siquiera en lugares como Moscú o San Petersburgo existía sede episcopal; aunque también es cierto que el arzobispo de Mohylów residía más en San Petersburgo que en Mohylów y que en estas ciudades había muchos católicos. Si no hubiera existido la Revolución bolchevique, la Iglesia romana en Rusia tendría en la actualidad —como consecuencia de un desarrollo inevitable— una jerarquía completamente organizada, con los correspondientes Cardenales, arzobispos, etc., y con una sede episcopal en cada ciudad importante (5).

(5) Según la *Catholic Encyclopedia*, Nueva York, 1912-1913, etc., la Archidiócesis de Mohylów tenía en 1910, 1.023.347 católicos, 28 deanatos, 245 parroquias y 399 sacerdotes. Entre las parroquias, 34 dependían directamente de la metrópoli; de ellas, Czernihów tenía 10.600 católicos; Tashkent, en Turkestán, 15.000; Krasnoyarsk, en Siberia, 13.000; Tomsk, 10.000; Vladivostok, 10.500 (vol. X, 1911, pág. 429). La ciudad de Moscú tenía en 1907, 25.540 católicos (vol. X, pág. 591). La ciudad de San Petersburgo, en 1899, tenía el 4,8 por 100 de católicos y un 3,1 por 100 de polacos entre sus moradores. En 1912 la población católica de esta ciudad era de 87.500 fieles y existía una catedral, seis parroquias, cuatro capillas públicas y diez privadas, dos escuelas católicas de enseñanza media (vol. XIII, 1912, págs. 374-376).

La diócesis de Minks tenía en 1910, 262.374 fieles, 51 parroquias y 77 sacerdotes. En la ciudad de Mings, en 1897, de un total de 91.500 habitantes, había 27.280 católicos (vol. X, 1911, pág. 333). La ciudad tenía una mayoría católica y polaca entre la población cristiana, mientras que la mayoría en la región estaba formada por judíos.

La diócesis de Zytomierz (Shitomir) tenía en 1909, 220.893 católicos, 70 parroquias, 106 sacerdotes (vol. IX, 1910, pág. 464). La ciudad de Zytomiers tenía entre sus 80.000 habitantes el 30 por 100 de rusos y rutenos, 32,5 por 100 judíos y 37,5 por 100 polacos y otros (cfr. *Meyers Konversations Lexicon*, vol. XVIII, 1907, pág. 409). En la ciudad de Kiev existían en 1902 solamente 20.000 polacos en una población de 319.000 habitantes (*Meyers Konversations Lexicon*, vol. X, pág. 900), pero tenía una posición tradicional extremadamente robusta y pertenecían, en su mayoría, a las clases media y alta.

La diócesis de Kamieniec-Podolski tenía en 1909, 317.325 católicos, 96

Esta Iglesia romana de Rusia sería origen principalmente polaco; sería una prolongación de la Iglesia de Polonia, de la misma manera que la Iglesia de Australia lo es en la irlandesa, y se hubiera ido haciendo con el tiempo más y más rusa.

parroquias, 114 sacerdotes (*Cathol. Encycl.*, vol. IX, 1910, pág. 465). La ciudad de Kamieniec-Podolski presentaba un carácter claramente polaco, incluso desde el punto de vista arquitectónico. La Catedral católica de San Pedro y San Pablo fué construída en 1361. De acuerdo con el censo ruso, en 1897 tenía 40.000 habitantes, de ellos un 50 por 100 judíos y un 30 por 100 polacos. El tanto por ciento relativamente alto (20 por 100) de rusos y rutenos se debía al hecho de ser esta ciudad un importante centro administrativo y militar, con muchos oficiales y personal militar y sus familias viviendo en ella (cfr. *Meyers Konversations Lexicon*, vol. X, pág. 508).

La diócesis de Tiraspol mostraba un carácter predominantemente alemán, pero la mitad de los fieles eran polacos. Tenía, en 1912, 350.000 fieles del rito latino, 40.000 armenios y 300 caldeos; 100 parroquias latinas, 50 armenias y una caldea; 150 sacerdotes latinos y 60 armenios. (*Cathol. Encycl.*, vol. XIV, 1912.)

La mayor parte de los católicos rusos eran de origen polaco. De la minoría no polaca, exceptuando a los alemanes de Tiraspol, los más numerosos eran lituanos y bielorrusos procedentes de territorios que habían pertenecido a Polonia.

La Iglesia romana de Rusia tenía antes de la primera guerra mundial, pero dentro de las fronteras de 1921-1939, unos 2.200.000 católicos romanos; es decir, aproximadamente el mismo número de los católicos romanos que tiene Australia en la actualidad. En Australia existen un cardenal, siete arzobispos, 17 obispos y un Vicariato Apostólico.

Su número disminuyó después de la Paz de Riga, en 1921, por la emigración a Polonia, pero las cifras son todavía bastante impresionantes.

«Según el censo de 1926, vivían dentro de las fronteras de la U. R. S. S., 782.334 polacos, de los cuales 476.435 habitaban en Ucrania, 97.948 en Bielorrusia y 197.827 dispersos. Los estadistas polacos, y al parecer también algunos polacos comunistas en Rusia, no aceptan estas cifras y aseguran que el número total de polacos ascendía a 1.500.000. De las diferentes maniobras para las que fué utilizada la minoría polaca de Ucrania, la más interesante fué la formación en 1925 del «Distrito Polaco Nacional»... La importancia práctica del «Distrito Marchlewski» era despreciable... Estaba condenado al fracaso, ya que los treinta pueblos polacos (en los que existía sólo un 10 por 100 de polacos ucranianos) no podían llegar a formar el centro de una cultura proletaria polaca. Ni siquiera reuniendo los 170 pueblos polacos y los municipios soviéticos de las dos Repúblicas soviéticas occidentales —150 en Ucrania y 20 en Bielorrusia— podían tener un papel de creación cultural ni servir de trampolín para la conquista de Polonia... El número de polacos en Rusia disminuyó casi un 20 por 100 en trece años, siendo 626.905 en 1939. (WALTER KOLARZ, *Russia and Her Colonies*, Londres, G. Philip e Hijo, págs. 147-149.)

La Iglesia romana de Rusia fué la primera víctima de la opresión soviética y el primer lugar del martirio católico en el siglo xx. La fecha que marca el giro de la Historia a este respecto es 1923, fecha del juicio de Monseñor Cieplak, arzobispo de Mohylów (más tarde expulsado de Rusia) y de Monseñor Budkiewicz, prelado de Petrogrado, que fué asesinado. Desde entonces fueron encarcelados o exilados todos los obispos de la Iglesia romana que existían en la Rusia soviética; la organización de la Iglesia fué destruída, casi todos los sacerdotes murieron en la cárcel, en los campos de concentración de Siberia, fueron asesinados o consiguieron huir a Polonia. El proceso de beatificación del Arzobispo Cieplak está ahora en curso, pero el martirio de la Iglesia católica en Rusia está siendo olvidado en todo el mundo.

No han olvidado los polacos sus antiguas sedes de Mohylów, Kiev, Minsk, Kamieniec-Podolski y Zytomierz, y tampoco la nueva sede de Vladivostok o las iglesias católicas de Kiev, Moscú, San Petersburgo, Odessa, Tiflis, Omsk, Tashkent, Arkhangelsk, Kazan, Samara, Simbirsk, Kharkov Irkutsk y otros muchos lugares. Se acuerdan con pena y desconsuelo de sus hermanos martirizados y guardan un recuerdo para las masas de polacos católicos que todavía practican su fe, aunque de manera secreta, en Rusia. Creo que hacen bien. Desde luego harían mal si no los tuvieran presentes en su memoria y en sus oraciones.

Existen, sin embargo, católicos en todo el mundo que desapruban que los polacos se acuerden aún de la Iglesia romana oprimida en Rusia. ¿Está justificada esta desaprobación? Alegan dos motivos. Primero, dicen, el interés de los polacos es una muestra de sus aspiraciones imperialistas. Esto es completamente falso. Polonia carece de aspiraciones imperialistas hacia Kiev, Mohylów o Vladivostok. El interés por sus hermanos en Rusia es tan natural como el interés de los irlandeses por la vida católica en Australia, o el español por el catolicismo en Filipinas. Es un interés pacífico, sin matiz antirruso. La perpetuación de la existencia de una comunidad católica romana en Rusia, y de un modo especial la de una minoría polaca en las antiguas provincias orientales de Polonia, es posible solamente bajo la condición de mantener Rusia y Polonia relaciones pacíficas y amistosas. El interés de Polonia por la Iglesia en Rusia presupone estar en relaciones de buena vecindad.

En segundo lugar, dicen, la existencia de una Iglesia romana en Rusia es un obstáculo en el camino hacia la conversión de Ru-

sia ya que Rusia podría ser convertida a la forma uniata, no a la latina.

Tampoco esta opinión está suficientemente fundada.

Es obvio que la conversión real de Rusia se lograría sólo con una unión entre las Iglesias ortodoxa rusa y romana. Pero no es ésta una aspiración realizable a corto plazo; debe ser preparada a través de muchas influencias, por una fermentación espiritual en Rusia que puede tardar mucho tiempo, y efectuarse por caminos muy diversos. Es de sentido común considerar que la presencia en Rusia de una comunidad católica romana numerosa acercaría más la verdad católica a la sociedad y opinión rusas. Los rusos tienen que aprender mucho más sobre la Iglesia católica y sus doctrinas antes de estar maduros para una unión, y esto sería más fácil si hubiera muchos católicos en sus medios, no sólo misioneros católicos, sino católicos simplemente, una comunidad católica.

Antes de que se verifique la unión de la Iglesia ortodoxa rusa con Roma habrá muchas conversiones particulares. Y un converso es con frecuencia una persona que no está dispuesta a concesiones. Existen conversos de la Iglesia ortodoxa que no querrían en absoluto ser uniatas, pero quieren ser católicos romanos. Sería una equivocación limitar las actividades católicas en Rusia a la forma uniata. La actividad misionera de la Iglesia romana es tan indispensable para la conversión de Rusia como la actividad de los uniatas y deben ser conducidas paralelamente. Para una actividad proselitista romana lo más útil es la existencia de una iglesia romana en el lugar donde esta actividad tenga lugar. La Iglesia romana no es un obstáculo para la conversión de Rusia, sino un medio necesario. Antes de que la Iglesia Ortodoxa rusa se una a Roma transcurrirán muchos años y durante los mismos irán creciendo en Rusia dos ramas locales de la Iglesia católica: la uniata y la romana.

La Iglesia romana (latina) debe hacerse más y más rusa. Los católicos polacos tendrán un gran papel en Rusia lo mismo en esta Iglesia que en la actividad misionera de la Iglesia uniata. Tienen ambiciones y esperanzas a este respecto, y no existe nada de malo en ello. Sus actividades en este campo pueden ser muy fructíferas ya que consiguen aprender fácilmente el ruso, conocen Rusia y pueden ser amigos de los rusos.

Ilustraremos el problema con un ejemplo. La forma verdaderamente real de la conversión de Inglaterra sería la unión de la

Iglesia anglicana con Roma. Roma tiende pacientemente hacia este fin. Pero, ¿quiere esto decir que por tal motivo deben ser suspendidas todas las actividades de la Iglesia romana en Inglaterra? ¡De ninguna manera! La floreciente comunidad católica de Inglaterra no puede ser abandonada ante un acontecimiento remoto y quizá inseguro. La existencia de esta comunidad católica ayuda en gran manera a extender dentro de la Iglesia anglicana el catolicismo; Newman, Belloc y Chesterton adquieren una influencia intelectual también en la Iglesia anglicana y la presencia de católicos entre anglicanos origina un centro de irradiación moral permanente y muy beneficioso.

Debemos mencionar, respecto a esta cuestión, la importancia de los irlandeses. Los irlandeses se oponen tradicionalmente a Inglaterra, pero esto no quiere decir que por tal motivo deban ser excluidos de las actividades católicas en el mundo de habla inglesa. Todos están de acuerdo en que sería contrario al sentido común excluirllos. Ingleses e irlandeses pueden combatirse, pero a pesar de ello un misionero irlandés resulta mucho más apto para trabajar en Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda, etc., que uno francés, italiano, español o polaco.

El papel de la Iglesia romana en Rusia y el de los polacos católicos en esta nación debe ser estimado de la misma manera.

Resumiendo lo antedicho, el patrioterismo (respecto al catolicismo romano) de los polacos no existe. Los polacos no se oponen (aunque a veces se les acuse de oponerse) a las actividades de la Iglesia católica para la unión de la Iglesia ortodoxa griega y Roma; piensan solamente que la Iglesia católica en Rusia no debe ser abandonada y que no se debe excluir la posibilidad de actividades misioneras latinas en Rusia.

5) Deben ser explicados dos problemas espinosos.

Está en circulación y extendida por todo el mundo, la acusación de que los polacos católicos han cometido dos graves pecados contra la Iglesia ortodoxa griega en Polonia durante el período entre las dos guerras mundiales: haber destruído las iglesias ortodoxas griegas y haber «convertido» —ejerciendo presión— al catolicismo a los ortodoxos griegos.

Respecto a la primera cuestión debemos elucidar dos casos.

La catedral ortodoxa griega en Varsovia fué destruída. Esta catedral la construyó el Gobierno ruso, poco antes de 1914, en la plaza mayor y más céntrica de Varsovia, la Place de la Concorde.

o el Trafalgar Square de esta ciudad, famosa antes de 1830 como el lugar de muchos brillantes desfiles militares polacos. Es además el lugar más elevado de Varsovia, y la silueta típicamente rusa de la catedral cambiaba el aspecto de la capital polaca proporcionándole un carácter oriental. Esta catedral no fué construída para dar gloria a Dios, sino para humillar a los polacos. Fué un acto de orgullo y una demostración de la dominación rusa, que provocó un sentimiento de indignación entre los polacos. Debemos recordar que antes de 1905 la Iglesia ortodoxa constituía un instrumento de opresión anticatólica y antipolaca, y que millones de católicos fueron empujados contra su voluntad hacia la Iglesia ortodoxa. El destino de la catedral ortodoxa griega de Varsovia fué discutido —después de 1918—, pero el deseo de su destrucción era tan fuerte que fué demolida en los primeros años de su independencia. No es cosa buena, desde luego, destruir iglesias de Dios, pero en este caso al menos existían fuertes circunstancias atenuantes.

Otra cuestión es la destrucción en 1938 de gran número de iglesias y ermitas de pueblo, del rito ortodoxo griego (que habían pertenecido antes a la Iglesia uniata), en los alrededores de Chelm, provincia de Lublin (6). Fueron todas incendiadas, casi siempre de noche, en el espacio de dos o tres días, por personas relacionadas con la dictadura post-Pilsudski, si no por el Gobierno mismo, al menos por algunos círculos gubernamentales. (Se dice que el Ministro del interior, Gen. Slawoj-Skladkowski fué el culpable.) Es verdad que estas iglesias —pequeñas, viejas, casi todas de madera— estaban fuera de uso.

No hay excusa para este acto de vandalismo y persecución religiosa. La nación polaca admite avergonzada que debe aceptar la responsabilidad por este hecho repugnante, igual que la nación alemana tiene que aceptar la responsabilidad por los actos de Hitler y la española por la quema de iglesias católicas por los comunistas españoles.

Debemos decir, sin embargo, que estos actos fueron cometidos por sorpresa y que después fueron condenados con fuerza por la opinión católica polaca, y que fueron verificados por personas completamente ajenas a la gran mayoría de los católicos polacos. Es

(6) Creo que fueron alrededor de 80. ARCHIDALE KING en su libro *The Rites of Eastern Christendom*, Roma, 1947, vol. I, pág. 57, habla de unas 112, pero me parece un número exagerado.

un hecho que nunca ha sido explicado satisfactoriamente, y aun en la actualidad no están aclarados los motivos. Probablemente se debió a la primitiva y básica consideración política de que creando una ola de odio mutuo entre católicos y ortodoxos (o no católicos en general) la presión de la oposición política, que preocupaba a la Junta militar gobernante, disminuiría trasladando el interés de la opinión hacia un tema diferente. Es probable que detrás de esta consideración hubiera algo más grave: se encontraba quizá la tendencia de los círculos francmasones de hacer cualquier cosa que pareciese un acto de catolicismo patrioter para situar en posición de desgracia a la Iglesia católica en Polonia.

En cuanto a la acusación de promover «conversiones» forzadas de ortodoxos es infundada o al menos muy exagerada.

El flujo de conversiones de ortodoxos al catolicismo —de manera voluntaria— era continuo. Debemos recordar asimismo que antes de 1905 la Iglesia uniata estaba prohibida en Rusia, y que se ejerció presión sobre todos sus miembros para que pasaran a la Iglesia ortodoxa. También muchos católicos latinos, principalmente hijos o nietos de matrimonios mixtos, fueron víctimas de este destino. Después de la ley de tolerancia rusa en 1905 al menos 200.000 personas, nominalmente ortodoxas (que habían sido uniatas) pasaron a la Iglesia romana (el número de 200.000 se da en la *Encíclica Orientales omnes Ecclesias* de 1945. La *Catholic Encyclopedia*, Nueva York, vol. XIII, 1913, pág. 259, proporciona datos algo diferentes. «Dos años de libertad fueron suficientes para revelar la gran vitalidad del Catolicismo en Rusia, ya que el número de conversiones a la fe católica en tan corto período fué de 500.000, incluidos más de 300.000 católicos uniatas que el Gobierno ruso había compelido a declararse ortodoxos; 100.000 entre ellos, a quienes los rusos llamaban Obstinados (uporstvuyushshie) no recibieron los sacramentos en más de treinta años, durante los cuales no frecuentaron ninguna iglesia.»)

Una pequeña corriente de reconversiones de personas que postergaban su decisión por pereza o causas similares, ocurrió durante el período 1918-1939. El supuesto de que tales conversiones, en su gran mayoría, fueron consecuencia de la presión polaca, es completamente injustificado.

Es verdad que existía en las provincias orientales polacas, especialmente entre las clases bajas, el recuerdo de la ley rusa de

abolición de la Unión y de los métodos rusos para forzar las conversiones a la Iglesia ortodoxa.

Quizá hubo alguna presión de carácter local por parte de personas irresponsables. Conozco un bielorruso, que habita en Londres, que dice que le fué comunicado antes de la guerra por cierta autoridad polaca que recibiría un salario del Estado con la sola condición de convertirse al catolicismo. Tales casos pueden haber tenido lugar, pero su importancia y frecuencia no debe ser exagerada.

La tendencia a aceptar el catolicismo creció en los años anteriores a la última guerra. Sucedió en algunos casos que la mayor parte de los habitantes de un pueblo se convertían casi simultáneamente al catolicismo (latino). Esto se atribuyó por todo el mundo —debido a una propaganda ruidosa— a la presión de las autoridades polacas.

No puedo asegurar, claro está, que esto no fuera cierto en algunos casos, pero debo decir, sin embargo, que conozco uno de esos pueblos, Hrynki, y que traté personalmente muchos años al párroco, P. Jarosiewicz, un hombre maduro y responsable, que fué el instrumento de la conversión. Basado en esto, en lo que supe por él y en las investigaciones que realicé en el lugar, puedo decir que las acusaciones, al menos en el caso de este pueblo, son falsas. El pueblo era antes predominantemente católico romano (no uniaita) y de lengua polaca, pero se «rutenizó» en la segunda mitad del siglo XIX. Los matrimonios mixtos tuvieron como resultado las conversiones forzosas, de acuerdo con la ley rusa, de la generación joven a la fe ortodoxa. Quedó solamente una familia católica romana en el pueblo. Después de 1905 y 1918 muchas familias trataron de volver a la fe católica, pero no lo hicieron por inercia. Las cosas permanecieron así hasta 1936 ó 1937. En este tiempo llegó al pueblo una ola vehemente de propaganda anticatólica y antipolaca, hecha por los separatistas ucranianos. Esto sacudió la inercia del pueblo provocando una reacción de las familias, que se consideraban católicas en potencia. La mayor parte de ellas volvieron a la Iglesia católica en su forma latina. No es exacto tampoco que se convirtieran todos. Muchas familias siguieron siendo ortodoxas. El grado de los sentimientos no era en todos el mismo: a algunos les empujaba un sentimiento fervoroso, en otros el sentimiento era más bien de tipo político (de protesta contra la actitud de los ucranianos), y, finalmente, otros dudaban, pero fueron influenciados por

su vecinos. He sabido más tarde que parte de los que se convirtieron volvieron luego a la fe ortodoxa.

Después de explicar estos tres puntos, pasaré ahora al tema principal: la exposición de las cuestiones sobre las que hay una diferencia de opinión entre los católicos polacos y muchos católicos de otros lugares.

Estas diferencias giran alrededor del problema de la Iglesia Uniata en la Polonia oriental, Iglesia que fué erigida por la Unión de Brest de 1595.

Se constituyó la Unión, en el Estado polaco, como culminación de su poder y prestigio cuando la polonización, aun la de la Iglesia ortodoxa griega, estaba progresando rápidamente. La nueva Iglesia Uniata, tras de haber roto con la ortodoxa, recibió más influencia polaca hasta que durante los siglos XVII y XVIII llegó a ser completamente polaca. Después de los repartos de Polonia, el Gobierno austriaco ordenó a las autoridades de la Iglesia Uniata introducir en la Academia Teológica de Lwów la lengua eslava (litúrgica en la Iglesia) para la enseñanza, pero tan pronto como el mando austriaco se tornó más liberal —en los tiempos de Napoleón— la Iglesia Uniata se liberó inmeditamente de esta obligación y volvió al sistema polaco de enseñanza: parte en polaco, parte en latín. Resulta interesante ver los archivos de las parroquias ortodoxas griegas (que habían sido Uniatas) en Polonia oriental (al este de la línea Curzon), en territorios donde la Iglesia uniata había sido abolida en 1839 por el Gobierno ruso: se observa claramente que aun en el período de la terrible opresión antipolaca, inmeditamente después de la insurrección polaca de 1830-1831, los archivos de la Iglesia se escribían solamente en lengua polaca. Polonia consideraba la Iglesia uniata como una parte de su herencia histórica y espiritual, y todo el mundo al pensar en la abolición de la Iglesia uniata consideraba este acto de la opresión rusa de aquel tiempo como un estallido no sólo contra la Iglesia católica, sino también contra la nación polaca.

El Gobierno clandestino polaco durante la insurrección de 1863-1864 pagó los gastos del proceso de canonización de S. José Kuncewicz, único santo entre los Uniatas, canonizado en 1867. Se llevó a cabo por parte de los polacos, principalmente por el clero de la Iglesia romana, que a riesgo de consecuencias terribles administraban los sacramentos, etc., una actividad misionera permanente y clandestina entre los uniatas, que estaban siendo forzados a con-

vertirse a la Iglesia ortodoxa. Esta actividad misionera —que se ha reflejado en muchas novelas polacas muy importantes— fué una de las causas del inmediato regreso, después de la ley de tolerancia rusa en 1905, de no menos de 200.000 uniatas a la Iglesia católica de rito latino. Hasta fines del siglo XIX nadie consideraba a la Iglesia uniata como otra cosa que como una rama de la Iglesia católica de Polonia. Una buena relación de la historia de esta Iglesia en el siglo XIX se encuentra en el libro del P. Pescoeur, sacerdote del Oratorio, *L'église Catholique en Pologne sous le gouvernement russe depuis le premier partage jusqu'à nos jours* (1772-1875), París, Plon, 1876.

Se debe insistir en que esta Iglesia —siendo polaca por tradición, cultura y lengua de su clero, y como resultado de una evolución lenta, gradual— no ha sido nunca polaca en sentido exclusiva o nacionalista. Era una Iglesia de fieles y tradiciones rutenas, dentro del marco más amplio de la cultura y de la vida polacas, y su carácter ruteno fué conservado y venerado. Los archivos de esta Iglesia estaban escritos en polaco, pero los sermones se pronunciaban en ruteno, excepto en algunas iglesias de las ciudades a las que asistían personas de clase media que hablaban polaco, o en iglesias de pueblos —muy pocos— de uniatas de habla polaca. El clero rural, que generalmente estaba casado, hablaba casi siempre polaco en familia (aunque no exclusivamente), pero se encontraban muy próximos a la población rural rutena. Cuando al comienzo del siglo XIX surgió en Galitzia el movimiento de los antiguos rutenos, no encontró ninguna dificultad en obtener puestos de influencia en la Iglesia uniata. También el movimiento ucraniano reclutó seguidores entre el clero uniata, etc. La iglesia uniata no se encontraba limitada a un credo político o nacional. Era una casa para todos, para cada polaco, antiguo ruteno, ucraniano, bielorruso o ruso, de la misma manera que la Iglesia latina en Polonia es igualmente una casa para un polaco, un lituano o un alemán, y en España, para un español o un separatista vasco.

VI

Esta situación cambió repentinamente en el transcurso del siglo XIX al siglo XX. La Iglesia uniata en Galitzia (en las provincias bajo el poder ruso ya estaba abolida) fué transformada en un

cuerpo con un carácter completamente diferente y nuevo. Esta transformación no fué una evolución, sino una revolución. Esta revolución procedió de arriba, no de abajo.

Se empujó tanto por razones políticas como por motivos religiosos.

Como expliqué antes, el Gobierno austriaco mantenía el grandioso plan de dividir la Rusia europea en dos estados completamente separados y hostiles entre sí, y deseaba para ello organizar el Estado ucraniano independiente, que incluyese todos los territorios donde la población hablara dialectos que pudieran ser considerados como pertenecientes a la lengua rutena (ucranianos, pequeños rusos). Este plan estaba apoyado igualmente por algunos sectores en Polonia que eran vehementemente antirrusos, y entre otros por el partido más importante de Galitzia: el partido conservador (de hecho, liberal).

La parte religiosa de este plan constituía uno de los puntos débiles. Todos los individuos de habla rutena, excepto en Galitzia, que eran uniatas, pertenecían a la Iglesia ortodoxo griega, en parte desde las aboliciones rusas de la Unión (1839 y 1874), pero principalmente —y sobre todo en Ucrania, en las tierras situadas en ambas orillas del río Dnieper— desde tiempos inmemorables. Y la Iglesia ortodoxo griega tenía su centro en Rusia. Era una empresa fútil hacer de Ucrania una nación separada si tenía que estar subordinada a Moscú o San Petersburgo en una cuestión tan importante como la eclesiástica y religiosa. Si había de triunfar el grandioso plan de Ucrania como nación independiente, era preciso conseguir la separación eclesiástica de Rusia. Para lograrlo, la mejor manera sería la unión de Ucrania con Roma. Debía ser creada una Iglesia nacional de Ucrania, y la unión con Roma sería una barrera segura para librarla de la influencia de Rusia. Existía un núcleo para esta Iglesia: los uniatas de Galitzia. Varios millones de personas de lengua rutena (ucraniana) pertenecían a ella. Había entre sus fieles y su clero un número bastante crecido de adheridos al movimiento nacionalista ucraniano. Esta Iglesia debía ser transformada en una Iglesia nacional de los ucranianos, hacerla un instrumento del nacionalismo ucraniano militante, privarla de su tradicional carácter neutral y depurarla de toda influencia, tradición o lazo de unión polacos. Y cuando llegase el momento propicio extender en Ucrania esta Iglesia, introducirla en Kiev,

incrementarla con la inclusión de todas las diócesis ortodoxo griegas del sur de la Rusia europea.

Este plan era defendido también por los polacos liberales. Se daban cuenta del gran sacrificio que representaba para la nación polaca: significaba la ruptura de los lazos que unían a la Iglesia uniata con Polonia, y renunciar al gran éxito histórico de la Unión. Pero pensaban que el resultado que se esperaba, la división de Rusia, valía este sacrificio.

Nunca se han publicado detalles, pero es obvio que los liberales polacos y el Gobierno austriaco ganaron para su causa a algunas autoridades de la Iglesia católica. El plan de introducir la Unión en la mitad sur de Rusia era ciertamente un gran plan, merecedor de muchos esfuerzos. No puedo criticar las decisiones de la Iglesia, y estoy muy lejos de querer hacerlo. Las autoridades de la Iglesia tenían importantes motivos para tomar esta decisión y pedir a la nación polaca este sacrificio —de acuerdo, por cierto, con el deseo de una minoría influyente y elocuente de los polacos—. Presento sólo el caso polaco, es decir, el caso de la parte predominante de la opinión polaca. Desde este punto de vista deben decirse dos casos. Primero, que los proyectos de convertir Ucrania a la Unión no parecían ser muy esperanzadores; hubo, desde luego, en los turbulentos años de 1917-1920, poderosas corrientes en la Iglesia ortodoxa griega de la Ucrania separatista con respecto a Moscú, y se estableció una Iglesia autocéfala ortodoxa griega en Ucrania, pero las tendencias discernibles en este movimiento no eran todas pro-católicas, sino liberales y progresistas, más bien similares a algunas corrientes «modernas» del protestantismo. En segundo lugar, la idea de una alianza entre la Iglesia católica y el movimiento separatista ucraniano presentaba una gran desventaja desde el punto de vista de la Iglesia: dejaba fuera, alejaba, a Rusia. Rusia es el mayor de los países ortodoxo griegos; una unión verdadera se conseguirá sólo cuando Rusia se avenga a razones con Roma. Pero si la idea de la Unión iba a estar conectada con un plan político antirruso, Rusia, sin remedio, sospecharía y se haría hostil.

El instrumento de la revolución que tuvo lugar en la Iglesia uniata de Galitzia, fué un joven prelado, nacido en 1865 y ordenado en 1892, que fué arzobispo de Lwów y jefe de la Iglesia uniata en 1899 a los treinta y cuatro años de edad: conde Andrzej Szeptycki. Esta venerable gran figura de la Iglesia, cono-

cida en todo el mundo, como la cabeza real de la nación ucraniana y su mártir, que murió durante la invasión soviética en 1944, fué un patriota eminente. Lo curioso es que no era ucraniano. Sus primeros pasos hacia la notoriedad, cuando era estudiante, pero todavía no seminarista, fueron los pasos de un ardiente patriota polaco, un joven conde polaco que probablemente iba a tener una *brilliant carrière* en el movimiento liberal polaco al que estaba ligado por lazos familiares y sociales, o en la Administración de Galitzia o en el Gobierno de Viena. Su familia era de remoto origen ruteno, pero completamente polacos. Su hermano, el general Stanislaw Szeptycki, fué uno de los jefes más importantes del ejército polaco en la guerra contra Rusia de 1919-1920. Su abuelo materno, conde Aleksander de Fedro (1793-1876), oficial en el ejército polaco partidario de Napoleón, fué un gran escritor polaco, el mejor comediógrafo de la literatura polaca, cuyo acierto fué conservar, en forma de obras teatrales, el cuadro de la vida diaria de las casas solariegas en el campo de Polonia en el tiempo de los repartos.

Todos estos lazos no impidieron al metropolitano Szeptycki, antes polaco patriota, dedicar su vida a una actividad dirigida —indirecta o directamente— contra la influencia de la cultura y el espíritu polacos y aun en contra de Polonia.

Su obra fué la creación de una Iglesia nacional ucraniana. Supo y pudo transformar la Iglesia Uniata, neutral, anticuada y orientada hacia lo polaco en una fortaleza del nacionalismo ucraniano. El clero joven, formado por su poderosa influencia, fué un verdadero ejército de ardientes patriotas ucranianos.

Su trabajo se cumplió, aunque no sin oposición. Muchos uniatas seculares, especialmente de la clase media, que se oponían al separatismo ucraniano, abandonaron la Iglesia Uniata y se hicieron de la latina como protesta por la actitud del metropolitano Szeptycki; los mayores cambios en la lealtad a la Iglesia fueron en 1908 cuando el virrey de Galitzia, un polaco, el conde Potocki, fué asesinado por un separatista ucraniano, Siczynski, hijo de un sacerdote uniata (en la actualidad es un activo político ucraniano en U. S. A.), y en 1918-1919, cuando los separatistas ucranianos, con ayuda austriaca, trataron de establecer una república ucraniana en Galitzia. Estas deserciones de la Iglesia uniata, verificadas por patriotas polacos —que eran acogidas con agrado por los mismos uniatas— desde el punto de vista polaco fueron una equivo-

cación; desembarazaban la Iglesia uniata de Galitzia de los elementos polacos más ardorosos y dejaban campo libre al nacionalismo ucraniano.

También los antiguos rutenos se opusieron a esta política de ucranizar la Iglesia uniata. Todavía en 1934 tuvo que ser creada una Administración Apostólica Uniata, en Lemkowszczyzna, distrito montañoso de los Cárpatos que tenía 129 parroquias uniatas y 127.580 fieles, entre los que prevalecían los antiguos rutenos, para que quedaran de esta manera protegidos frente a las tendencias nacionalistas ucranianas desarrolladas en el seno de la Iglesia. Algunos ucranianos tradicionalistas y moderados no estaban de acuerdo siempre con la actividad de Szeptycki. El venerable obispo uniata de Stanisławów, Monseñor Gregory Chomyszyn (nacido en 1867, obispo entre 1904-1946, arrestado por los soviets y fallecido en una cárcel soviética), un ucraniano, no polaco ni antiguo ruteno, parece que difería en sus opiniones del metropolitano Szeptycki. En algunas ocasiones se le acusó de ser promotor de la latinización: como prueba se mencionó el hecho de que introdujo más y más en su diócesis el principio del celibato eclesiástico. Esto es exacto: Monseñor Chomyszyn pensaba que ya era tiempo de que cesasen las ordenaciones de sacerdotes casados; pero esto no constituía necesariamente un signo de latinización, sino más bien un desarrollo natural, un signo de evolución, de vida, tan lógico en la Iglesia griega como lo fué muchos siglos antes en la latina.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias de criterio, el hecho es que la Iglesia uniata pasa por una etapa de transformaciones revolucionarias. Cuando Polonia recobró su independencia, la antigua Iglesia uniata, la misma que había sido creada en 1595 por la Unión de Brest y que fué abolida por el Gobierno ruso en 1839 en la Polonia oriental y en 1874 en el «Reino del Congreso», ya no existía. Algo completamente nuevo ocupó su lugar.

Debo exponer aquí el principal argumento en defensa de la opinión polaca sobre la Iglesia uniata. La gran transformación que emprendió esta Iglesia con miras al problema ucraniano supuso en consecuencia que perdió de vista el problema de las provincias polacas orientales. Antes de las aboliciones rusas de 1839 y 1874 habitaban en Polonia oriental millones de uniatas. Cuando Polonia recobró su independencia vivía aún mucha gente —sacerdo-

tes y fieles— que recordaban que en su infancia habían sido uniatas, no ortodoxos.

Existía entonces la posibilidad de restablecer la antigua Iglesia uniata. Esto habría constituido el desarrollo natural e inevitable en la Iglesia uniata de Galitzia de no haber sido por la revolución. Se acusa con frecuencia a los polacos de lamentarse por no haber tenido ocasión de volver a introducir, presionando un poco, la Unión en las provincias orientales. Esta es una acusación injusta. Los polacos no sienten el no haber podido ejercer presión. Lamentan algo muy diferente, que es omitido. Si hubiera existido aún en algún lugar de Polonia la Iglesia uniata que fué abolida por el Gobierno ruso, esta Iglesia hubiera podido en 1918 o en 1921 (después del Tratado de paz polaco-ruso) reanudar sus actividades en los territorios de los que había sido expulsada. El nombramiento de obispos uniatas en todas las sedes que habían sido abolidas en 1839 y 1874, un llamamiento de estos obispos o de toda la Iglesia uniata al pueblo, proclamando que ya no tenía vigencia la abolición de 1839 y 1874 y que todos eran libres, si querían, para volver al seno de la Iglesia de sus antepasados, una reclamación ante los tribunales para pedir la restitución de todas sus iglesias y propiedades, una declaración acerca del estado del clero ortodoxo que quisiera unirse a la Iglesia uniata, todo esto, habría causado una fuerte impresión y habría producido muchas conversiones, especialmente porque el prestigio de la Iglesia ortodoxa de aquel tiempo —inmediatamente después de la revolución rusa— era muy escaso. Es un hecho que la gran mayoría de la gente esperaba un acontecimiento de este tipo. Los campesinos de las provincias orientales de Polonia estaban llenos de inercia; estaban deseosos de volver a la Iglesia, pero necesitaban un estímulo para ello, que los alentaran desde la Iglesia, los obispos. La ley de tolerancia rusa de 1905 llevó al menos 200.000 uniatas a la Iglesia católica romana y eso que no era ésta la Iglesia de sus antepasados. La reaparición de la verdadera, la antigua Iglesia uniata, en diferentes condiciones que en 1921, cuando ya no se encontraba allí el Gobierno ruso, con su presión a favor de la Iglesia ortodoxa, habría atraído a millones de personas. Pero perdieron el momento psicológicamente más adecuado.

No ocurrió así porque la antigua Iglesia uniata no existía ya en 1918 ó 1921. Era la misma Iglesia en sentido litúrgico y en cuanto a su situación dentro de la totalidad de la Iglesia católica, pero

no era la misma en cuestiones que aunque no pertenecían directamente a la esfera de la religión no por eso carecían de importancia: cosas como tradición, espíritu cultural, inclinaciones políticas. La Iglesia nacional de los separatistas ucranianos no podía hacer nada en estos territorios, pues resultaba tan extraña como la Melkita o la Maronita. Aun en Volhynia en aquel tiempo, inmediatamente después de 1921, el movimiento ucraniano era completamente desconocido. En Polesia y Bielorrusia la nacionalidad ucraniana es todavía hoy extranjera. Tampoco podían esperar ayuda ni simpatía por parte del enemigo polaco latino, ya que los polacos estaban considerados como el enemigo número uno por los uniatas ucranianos de Galitzia... No existía posibilidad, ni prácticamente deseo, de volver a introducir la Iglesia uniata de Galitzia en las provincias en que había sido abolida en 1839 y 1874. La Iglesia ha pagado el alto precio de perder posibles conversos en Polonia oriental a costa del sueño irrealizado de la conversión de Ucrania.

La cuestión no quedaría completa si no explicara la posición polaca con respecto a otro problema.

Al fin comenzó, más tarde y de diferente forma, en las provincias orientales de Polonia la actividad de los uniatas. No fué ni el restablecimiento de la antigua Iglesia uniata ni la introducción en estos territorios de la Iglesia nacional ucraniana de Monseñor Szeptycki. Fué una nueva organización, estructurada bajo los auspicios de la Comisión papal pro Rusia, con misioneros procedentes en su mayoría de Europa occidental.

La opinión polaca criticó esta actividad. Las razones de esta crítica no fueron suficientemente comprendidas fuera de Polonia.

Esta actividad fué considerada como parte de la obra para convertir a Rusia, como algo parecido a las actividades misioneras entre los emigrados rusos en la Europa occidental, o en lugares como en Estonia, Manchuria, etc. Los misioneros que vinieron a Polonia oriental consideraban a ésta como una parte de Rusia y a los campesinos ortodoxos polacos como cristianos ortodoxos vulgares, iguales a los que vivían en Rusia. Formaban un cuerpo separado de los nacionalistas ucranianos de Galitzia; su aspiración no era convertir Ucrania, sino Rusia; pero tenían las mismas opiniones —estoy tentado de decir prejuicios— que habían sido extendidos por los ucranianos en el mundo católico. Criticaban y sospechaban respecto a Polonia; no eran amigos. Habían recibido su informa-

ción sobre las condiciones locales de fuentes antipolacas más que de polacos, o al menos estaban inclinados a confiar más en las primeras. Consideraban a los polacos como «chauvinistas» del latinismo e inhábiles, por tanto, para las actividades de la Iglesia uniata. No concedían demasiada importancia al hecho de que Polonia oriental fué desde 1595, por espacio de dos y medio o tres siglos, un territorio —salvo el sector latino— compuesto casi exclusivamente de uniatas, que ya lo habían sido anteriormente durante los tres cuartos de siglo que siguieron a la Unión de Florencia (1439-1517), y que se había transformado —en 1839 y 1874— en un país ortodoxo no por conversión, sino por compulsión.

Esta actividad misional fué desarrollada en gran escala y durante bastante tiempo. Su resultado fué la conversión de unas 20.000 almas. Esta cifra debe ser comparada con la de 200.000 que se unieron al rito latino en los mismos territorios después de la ley de tolerancia de 1905. No se conocen estadísticas del número de conversiones al rito latino durante los años 1918-1934 en estos mismos territorios, pero parece que no cabe duda de que fueron más de 20.000.

La actividad misionera de los uniatas se hizo con gran esfuerzo, y, sin embargo, los misioneros eran celosos, piadosos, llenos de buena voluntad. ¿Por qué fué tan modesto el resultado?

La razón parece muy sencilla. Polonia oriental no constituye una parte de Rusia y por ello se necesitaba una forma de acción muy diferente. Los ortodoxos de Polonia oriental eran hijos o nietos de uniatas; hasta el rito ruso —el mismo que introdujeron en la Iglesia uniata los misioneros pro Rusia— les resultaba extraño; se trataba de un rito moscovita, originado por las reformas del Patriarca Nikon (1605-1681). En la época del Patriarca Nikon estos territorios pertenecían a Polonia y eran uniatas; su rito tradicional, es decir, el rito uniata estaba basado en tradiciones rutenobizantinas, con alguna influencia latina. Los polacos orientales ortodoxos sabían muy bien que su rito tradicional no era idéntico al que los rusos introdujeron en sus iglesias en 1839 y 1874.

Muchos católicos polacos estimaban que hubiera resultado más eficaz una actividad misionera basada en tradiciones de la Iglesia uniata.

VII

Según el *Anuario Pontificio* de 1944 (Roma, Tipografía Poliglotta Vaticana), la Iglesia católica griega (uniata) de Polonia tenía antes de la última guerra 1.300.000 fieles, 1.267 parroquias, 1.004 sacerdotes del clero secular y 57 del regular en la archidiócesis de Lwów; 1.000.000 de fieles, 455 parroquias, 495 sacerdotes seculares y 36 regulares en la diócesis de Stanisławów; 1.159.380 fieles, 640 parroquias, 657 sacerdotes regulares y 58 regulares en la diócesis de Przemyśl, y 127.580 fieles, 129 parroquias, 128 sacerdotes seculares y 8 regulares en la Administración apostólica de Lemkowszczyzna. Constituían una fuerte y floreciente rama de la Iglesia católica. (Según este mismo *Anuario*, había 800.000 fieles, 416 parroquias, 795 sacerdotes seculares y 211 regulares en la archidiócesis latina de Lwów; 1.200.000 fieles, 354 parroquias, 720 sacerdotes seculares y 142 regulares en la diócesis latina de Przemyśl; 398.000 fieles, 183 parroquias, 246 sacerdotes seculares y 15 regulares en la diócesis latina de Luck. No proporciona datos sobre la archidiócesis armenia de Lwów. Se sabe, por otras fuentes, que antes de la última guerra había 5.200 fieles y 21 sacerdotes.

Como consecuencia del nuevo reparto de Polonia, acordado en Yalta, una tremenda catástrofe alcanzó a la Iglesia uniata en 1945. La mayor parte de los territorios en que existía fueron anexionados a la Ucrania soviética; en estos territorios los soviets repitieron las medidas zaristas de abolición de la Iglesia uniata en Polonia oriental el año 1839 y en Polonia central (Reino del Congreso) en 1874. Un falso sínodo, dictado por unos cuantos sacerdotes renegados de la Iglesia uniata, proclamó en 1946 la abolición de la Unión de Brest y el regreso de los uniatas a la Iglesia ortodoxa griega. El catolicismo en su forma uniata está actualmente prohibido en Galitzia oriental.

Quedó adherida a Polonia después del reparto de Yalta una pequeña parte del territorio de las diócesis de Przemyśl y Lemkowszczyzna, incluida la sede de Przemyśl. La Iglesia uniata pudo continuar por algún tiempo en la Polonia comunista y el obispo uniata de Przemyśl tomó parte en la primera conferencia del Episcopado polaco después de la guerra.

Sin embargo, según el acuerdo de Yalta, toda la población de lengua polaca que perteneciera al rito latino de la Iglesia católica

(y las pequeñas comunidades de católicos polacos de rito armenio y de polacos protestantes) fueron expulsados de la Unión Soviética. A este éxodo de varios millones de personas se unió la decisión de los gobiernos de la Unión Soviética y de Polonia comunista — en contra del cual no podía hacer nada la opinión real de los polacos — de expulsar a los uniatas fuera de las nuevas fronteras de Polonia.

Este éxodo fué acompañado de otro similar de muchos Ucrainianos, antiguos rutenos y hasta de personas de lengua polaca (pero de religión uniata) desde la parte occidental de las diócesis uniatas de Przemyśl y Lemkowszczyzna a la Ucrania soviética.

Ninguna de estas emigraciones fué total. Algunos uniatas quedaron en Polonia simulando ser latinos. Se permitió a algunos grupos de católicos polacos quedarse en Galitzia oriental, sobre todo en los distritos mineros, donde su presencia como técnicos, trabajadores especializados, etc., se hacía necesaria; aun en la actualidad están abiertas algunas iglesias latinas en Lwów y otros lugares.

La posición de los uniatas en Galitzia es ahora la misma que la de los años 1839 a 1905 en Polonia oriental y la de 1874 a 1905 en Polonia central; oficialmente se los considera miembros de la Iglesia ortodoxa griega, pero los más fervorosos pueden practicar secretamente la fe católica asistiendo a las iglesias latinas como si fueran latinos.

La Iglesia uniata existe, en la actualidad, abiertamente en el occidente de Europa, incluso en Roma, y en toda América.

VIII

Está muy extendida la opinión de que el movimiento ucraniano fué perseguido en Polonia, lo que es verdad solo aparentemente; si consideramos realidades políticas más profundas, vemos que se opone a los hechos. Pilsudski era un gran partidario del ucranianismo y trabajó mucho para fortalecerlo. Su régimen dictatorial fué para todos duro, pero aunque algunos dirigentes ucranianos tuvieron que soportar cosas en uno y otro respecto; no estuvo en contra del ucranianismo como tal.

Cuando Pilsudski era Jefe del Estado y general en jefe del ejército polaco, firmó un acuerdo con Simón Petlura, jefe del Go-

bierno ucraniano en exilio (y antigua cabeza de la República ucraniana de Kiev en 1917 y 1918), el 22 de abril de 1920, en el que reconocía la independencia de Ucrania y prometía ayudar a su gobierno en el exilio para que pudiera regresar (este acuerdo incluía un compromiso acerca de la frontera polaco-ucraniana, según el cual Ucrania renunciaba a Galitzia y Volhynia y le era cedida en cambio la provincia de Podolia con su antigua capital, Kamieniec-Podolski, famosa por su pasado heroico, que pertenecía a Polonia desde el siglo XIV y que tan querida era para todos los polacos; la frontera establecida en este compromiso fué considerada luego como parte del acuerdo de Paz de Riga en 1921 entre Polonia y las potencias del Soviet: Rusia y Ucrania soviética). El acuerdo Pilsudski-Petlura fué duramente criticado por una gran parte de la opinión polaca; a pesar de la oposición, Pilsudski continuó en su actitud de ayudar al movimiento y gobierno ucranianos. Empezó una ofensiva contra las fuerzas soviéticas en Ucrania, tomó Kiev el 7 de mayo de 1920 y se la transfirió a Simón Petlura y su gobierno, ayudados por el ejército exilado y las fuerzas clandestinas. Esta conquista, que fué efímera, tuvo resultados desastrosos para Polonia: la toma de Kiev por fuerzas polacas que luchaban en favor de la Ucrania separatista provocó una fuerte reacción en Rusia. El 11 de junio el Ejército polaco tenía que evacuar Kiev, y el gobierno ucraniano huyó una vez más, como lo había hecho hacía poco más de un año, cuando el derrumbamiento alemán. El 15 de agosto, Polonia tuvo que librar una batalla (por su propia independencia) ante los muros de Varsovia.

El régimen de Pilsudski, tras el *coup d'état* de Pilsudski en 1926, favoreció y alentó el separatismo ucraniano. Ganó una provincia (Volhynia) para este movimiento. Cuando esta provincia estaba bajo el poder de los rusos, antes de 1914, desconocía el movimiento ucraniano; el campesino de Volhynia, después de la primera guerra mundial, carecía de actividad política y más bien aceptaba gustosamente el mandato polaco, que recordaba como tradicional. Bajo el gobierno de Pilsudski, entre los años 1927 y 1936, fué enviado, como gobernador (wojewoda) a Volhynia, Józewki, que había pertenecido al gobierno de Petlura en la República ucraniana de Kiev en 1918. La Administración de Pilsudski llevó a Volhynia varios cientos de propagandistas del movimiento separatista ucraniano procedentes de Galitzia y Ucrania (emigrados de Kiev, etc.), y les proporcionó puestos de profesores en las escuelas

del Gobierno, de empleados de la Administración, etc. Financió la prensa ucraniana de Volhynia, las cooperativas ucranianas, etc. Dirigió oficialmente la propaganda pro Ucrania y suprimió toda actividad nacionalista polaca en Volhynia. Esta actitud no cambió hasta dos o tres años antes de 1939, cuando el movimiento ucraniano en Volhynia se había desarrollado de tal manera que no encajaba en el sistema político pilsudskiano.

Esto mismo aconteció en Galitzia, aunque en menor grado. La vieja institución de los antiguos rutenos en Lwów, la Staupogigia, fué ocupada por el Gobierno y colocada, durante muchos años, bajo la administración de depositarios nombrados por el Gobierno y que eran ucranianos. Los fondos culturales y financieros de la institución, acumulados durante varias generaciones, pasaron, por muchos años, a la disposición del movimiento ucraniano y fueron utilizados para sus fines, es decir, para fines opuestos a los de los antiguos rutenos a quienes la institución pertenecía.

En épocas en que los principales partidos políticos polacos se abstendían de tomar parte en las elecciones parlamentarias, los separatistas ucranianos que se habían avenido («ugoda») ? nuevamente con el Gobierno dictatorial polaco, tenían, sin embargo, representación en el Parlamento polaco.

Pilsudski fué también un gran partidario de la idea de una federación de la Europa oriental. En su política exterior oscilaba entre Alemania y Gran Bretaña (ambas naciones ayudaban al movimiento ucraniano). Sus seguidores, que son ahora el factor predominante de la emigración política polaca, compartían sus opiniones sobre Ucrania y sobre el programa federativo.

Debo, sin embargo, insistir en que estas opiniones no son compartidas por todos los polacos. Roman Dmowski —el gran jefe nacional polaco y, según muchos polacos, el verdadero fundador del nuevo Estado polaco, autor del programa territorial polaco de la primera guerra mundial y Presidente del Comité nacional polaco en París que negoció el tratado de Versalles— expresó decididamente su convicción de que el cumplimiento del programa separatista de Ucrania, lo mismo en Rusia que en Polonia, se oponía a genuinos intereses polacos, y que a la larga resultaría más realizable una amistad duradera entre Polonia y la futura Rusia (no bolchevique) que entre Polonia y Ucrania. Comparto su opinión en este aspecto, y creo que no estoy equivocado si digo que una gran parte de la nación polaca es de este mismo parecer.

Aparte de consideraciones puramente polacas, la causa está también en el hecho de que los elementos más tradicionalistas de Polonia no simpatizan con el espíritu revolucionario nihilista que se oculta en el movimiento ucraniano: las raíces de la tradición separatista ucraniana se encuentran en la rebelión de los cosacos, que fué una de las revoluciones europeas más crueles, destructivas y sanguinarias.

La actitud de la opinión pública polaca hacia el movimiento político de los separatistas ucranianos no tiene nada que ver con la actitud de esta misma opinión polaca hacia la población rutená, hacia su lengua y sus legítimas necesidades culturales.

Esto se observa claramente en la completa tolerancia y, todavía más, en el mantenimiento por el Estado, antes de la guerra, de las escuelas rutenas en Polonia, establecido antes del *coup d'état* de Pilsudski y continuado durante su régimen.

«La ley de 31 de Julio de 1924 sentó las bases generales en lo concerniente a las escuelas de las provincias orientales, estableciendo cuatro tipos de escuelas primarias: a), escuelas exclusivamente polacas; b), escuela polacas, en las que se enseñaría otra lengua como una asignatura más; c), escuelas bilingües, en las que el polaco y otra lengua servirían igualmente como medios de enseñanza, y d), escuelas en las que se enseñase en otro idioma y en las que el polaco fuese enseñado como otra materia cualquiera. En 1937-1938 había en la provincia de Lwów 81 escuelas primarias exclusivamente polacas, 324 en las que se enseñaba el ruteno (ucraniano) como una asignatura, 1.199 escuelas bilingües y 214 rutenas con enseñanza del polaco como una materia más. En la provincia de Staniskawów sólo 21 escuelas pertenecían al apartado a), 250 del tipo b), 705 bilingües y 146 rutenas en las que se enseñaba el polaco. En Tarnopol había 32 escuelas puramente polacas, 660 polacas en las que se enseñaba el ruteno, 58 bilingües y 92 rutenas. En Volhynia, 555 eran polacas (de las cuales 61, privadas), en 851 se enseñaba el ruteno, 520 eran bilingües y solamente existían 8 rutenas» (7).

«Los llamados "plebiscitos de las escuelas" decidían sobre la lengua que se debía utilizar en determinadas escuelas del Estado, según la ley de 1924» (ibid., pág. 304).

(7) A. ZÓTOWSKI, *Border of Europe*, Londres, Hollis y Carter, 1950, página 298.

Existían, asimismo, en estos territorios unas cuantas escuelas hebreas. A su lado había 173 escuelas primarias, de las cuales 137 eran polacas, 24 rutenas, 2 bilingües polaco-rutenas, 3 hebreas, 2 bilingües polaco-hebreas, 1 alemana y 1 rusa (ibid., pág. 300).

No es difícil observar que no existía ninguna tendencia polaca a alentar la polonización lingüística de los rutenos, o para oprimir su cultura.

IX

La población católica de rito latino y lengua polaca ha sido expulsada de Galitzia y de Volhynia, pero los rutenos católico-griegos (unitas) permanecen allí. Sus sentimientos y deseos tendrán, sin duda, una gran influencia en el destino de este territorio. El problema de Galitzia y Volhynia existe todavía.

Polonia no puede ni quiere renunciar a estos territorios, por razones de geografía, estrategia, economía e historia; los polacos que fueron expulsados tampoco desean renunciar al derecho de volver a sus hogares. Pero ¿cuál es el deseo de los actuales habitantes de estos territorios?

En 1911, tres cuartas partes votaron a los ucranianos y una cuarta parte a los antiguos rutenos. Esto fué hace cuarenta y cuatro años; los participantes más jóvenes de esta votación viven aún. ¿Cuál es la actitud actual de estas gentes, de sus hijos y nietos?

El movimiento ucraniano alcanzó su objetivo principal: Galitzia y Volhynia han cortado todos sus lazos con Polonia, comparten ahora el destino de Ucrania, tienen su capital en Kiev, pertenecen a un territorio autónomo llamado República de Ucrania. Pero, ¿son felices los seguidores rutenos del movimiento ucraniano?

La poca información que nos llega de estos territorios revela que una parte cada vez mayor de la población echa de menos a Polonia y quiere volver a formar parte de esta nación.

No son felices bajo el poder comunista. Y esto no es todo. Un sistema político puede llegar a marcharse, pero las fronteras son más difíciles de cambiar. Una parte creciente de los rutenos de Galitzia se sienten poco felices, no sólo por estar bajo el poder comunista, sino también por ser una parte de Ucrania, por com-

partir el destino de Kiev, Charkov, Poltava, Odessa, Dnepropetrovsk. En el contacto diario con Ucrania observan que no son ucranianos.

Es muy probable que un día, cuando se verifique un cambio político, los rutenos polacos deseen romper con Ucrania y buscar una orientación occidental. ¿Qué ocurrirá entonces? Desde luego existe la posibilidad de un Estado ruteno entre los Cárpatos y el río Zbrucz. Pero, ¿puede sobrevivir un Estado tan pequeño y con semejante posición geográfica?

Es obvio que surgirá entre los rutenos una corriente de reintegración de Galitzia y Volhynia a Polonia, resucitando el movimiento de los «antiguos rutenos» y dando a este movimiento una orientación polaca de una manera más definida que antes.

Las comunidades rutenas de la Europa occidental y de América, y con ellos la Iglesia uniata de occidente, son ahora decididamente ucranianos; más ucranianos que los que están en su patria. Esto es comprensible: son emigrados aferrados a la actitud política que fué causa de su emigración.

De modo especial la Iglesia uniata perdió todo contacto con las viejas tradiciones polacas y con el antiguo rutenismo.

¿Son prudentes los emigrados rutenos conservando esta actitud extremista y no teniendo en cuenta la posibilidad de una transformación de la sociedad en su patria?

La Historia no ha dicho aún su última palabra, y Polonia no debe perder la esperanza sobre el futuro de sus provincias del sureste. Por otro lado, el movimiento separatista ucraniano no puede considerar su victoria actual como el veredicto final de la Historia.

JEDRZEJ GIERTYCH